

Pedro Barrantes.



IERRA



Y



IELO



MADRID
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DEL ASILO DE HUÉRFANOS
DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS
Juan Bravo, 5. Teléfono 2.198.
1896



DEDICATORIA

AL EXCMO. SEÑOR

D. Claudio López y Bru,

MARQUÉS DE COMILLAS.

Bajo un cielo verdoso y macilento
cual en Octubre la hoja de los árboles,
elévanse cubiertas por la nieve
las atrevidas cumbres de los Alpes,
cadena de fantasmas de granito
en cuyas luctuosas soledades
oculta la inmortal naturaleza
yo no sé qué misterios formidables.

—

El crepúsculo azul de la mañana,
sobre aquellos recónditos parajes
lanza un raudal de lividez que llueve
opacos resplandores espectrales;

y cuando de la sombra á las caricias
el día cede y se desploma exánime
en los brazos inmensos de la noche,
eterna amada de su eterno amante,
la misma luz amarillenta y triste,
que hace los dos crepúsculos iguales,
torna á verter su esputo de penumbra,
arrancando reflejos centellantes
á la costra de nieve inmaculada
bajo la cual dormitan los titanes.

—

Un silencio feroz, más que imponente,
reina en aquellos páramos glaciales,
interrumpido sólo de los euros
por el apocalíptico lenguaje,
cuando hablando entre sí pasan furiosos
por cima de las cúspides gigantes
que esperan la avalancha sonriendo
y la miran llegar sin inquietarse.
¿Cómo el pavor estremecer podría
á monstruos que hizo Dios invulnerables?

—

Es el frío tan áspero y tan crudo,
que su soplo mortal cuaja la sangre
en las venas. Parece que el enigma,
huyendo con horror de los mortales,
allí se refugió, tras los colosos
su secreto escondiendo impenetrable,
y en las duras entrañas de los montes
duerme, sin que su incógnito profane
la mirada del hombre. El hielo eterno
con su blanco antifaz cúbrele y guárdale.

—

Las altas cimas soñolientas miran
á sus plantas los siglos deslizarse,
resbalar en la lívida mortaja
de la nieve, y caer al insondable
pozo del tiempo. Allá, en los horizontes
lejanos, más allá del deslumbrante
y frígido desierto, en una débil
penumbra y fluctuando entre celajes,
ven el azul profundo de las aguas,
el negro de los bosques seculares
y el rojo de los plácidos verjeles
que Mayo embelleció. ¡Rudo contraste!
Y aún más allá, la humanidad que ondea

con desigual palpitación de enjambre:
el hormiguero. Las montañas sienten
sus pulmones de piedra dilatarse,
y dicen para sí: "Somos dichosas
lejos de esa Babel. ¡No hay quien nos manche!
Allí está el cieno. Los reptiles bullen,
por la tierra arrastrando sus infames
ignominias. Nosotras en la altura
sepultamos la frente. Ellos se abaten.
Nosotras nos alzamos. Ellos, torpes,
viven en la cloaca, revolcándose
en su fangal. Nosotras obstentamos
en nuestra blanca veste, de los ángeles
la pureza sagrada. El Dios inmenso
nos hizo inaccesibles. ¡Hombres; frágiles
copos leves de ingrávida ceniza .
que un soplo forma y otro soplo barre!
¡De vuestro aliento impuro aquí no llegan
las corrompidas ráfagas letales!"
Ríen. Al escuchar su carcajada,
transidos de pavor tiemblan los valles.

La muerte impera allí. Junto á ella velan
la sombra, el frío. ¡Hórrendos auxiliares!

No busquéis en sus rígidas estepas
la savia de la vida. Están exangües.
El ojo fatigado no columbra
más que la inmóvil sábana. El paisaje
no altera el hilo terso de una fuente
ni el verdor de un arbusto. Sólo espárcese
por uno y otro lado nieve lisa
que tiene la dureza del diamante.
El tiempo petrifícala y los gélidos
besos del vendaval. Las tempestades
en vano el rayo fraguan. En su seno
la poderosa nieve le deshace.

—

Mas ¡oh prodigio! Bajo su honda y ruda
corteza brotan flores, surgen cálices;
rosas enamoradas de aquel cielo
verdoso y macilento cual los árboles
en Octubre; capullos abrasados
de pasión por el frío que los abre
con un beso de amor. Naturaleza
tiene arcanos de sombras insondables.

—

Tierra y Cielo.

Al Sr. D. Antonio
Castro
distinguido diplomá-
tico
en prueba de con-
sideración y respeto
El Autor

Tierra y Cielo.

sus rítmicas canciones; la pálida cortina
de transparente niebla,
su manto vaporoso como un ensueño áureo,
tendió sobre la tierra;
en el espacio brillan con vívidos fulgores
las nítidas estrellas;
á Dios entona su himno magnífico y gigante
la gran Naturaleza;
ya todo calla y ora, y en la lejana torre
del templo de la aldea,
sonoras, cristalinas, vibrantes y pausadas,
las oraciones suenan.

—

¡Amada de mi vida! Bajo el azul tranquilo
de la región etérea,
nuestra plegaria unamos á la plegaria ardiente
que en estas horas, llenas
de paz y de misterios, al Hacedor levantan
los mundos prosternados ante su sombra excelsa.



Día de reo.

Medita, hija mía,
cuán triste es su suerte.
Ya espera el cadalso
al reo de muerte.

Ya la muchedumbre,
que el placer inflama,
se dirige al sitio
del horrendo drama.

El cielo sin nubes
se obstenta radiante;
el sol llueve olas
de luz fulgurante;

---

se viste de flores
la alegre pradera;
las aves saludan
á la primavera;

—

cantan los arroyos
himnos de ternura,
y todo respira
paz, calma y ventura:

—

sólo el desgraciado
que abruma su pena,
gime al ronco y duro
són de su cadena.

*
* *

Ya de la capilla
sale vacilante,
sin brillo los ojos,
lívido el semblante,

—

sintiendo el recuerdo
flotar de su crimen
en su alma, que trágicas
torturas oprimen;

—

ya el coche de presos,
sombrío y ferrado,
con rapidez corre
sobre el empedrado;

—

ya llega al patíbulo,
que hosco, inexorable
como la justicia,
recibe al culpable,

—

que del espantoso
tablado en la cumbre,
bajo el ojo tiembla
de la muchedumbre;

—

ya como una cosa
cae en el banquillo.....
ya impulsa el verdugo
con fuerza el tornillo.....

—

Se agitan convulsas
del reo las manos,
y ruge el enjambre
de tigres humanos.

—

El fallo cumplióse
que la ley inicia.
Satisfecha se halla
la humana justicia.



La gente se aleja,
todo queda en calma.
¡Dios haya tenido
piedad de su alma!



Después de la guerra.

Ya pasó, vida mía, el torrente
de nubes y sombras.
Ya la guerra cesó. Ya los valles
se cubren de rosas.
El cielo sonríe; sucede á la noche
la luz de la aurora.
La calma renace, que el iris divino
de la paz el oriente arrebola.
En lugar del estruendo terrible
del cañón y el olor de la pólvora,
el viento en sus giros
nos trae armonías ignotas
y permufes de flores. Alegra
tu faz, niña hermosa,
porque ya en estos sitios no busca
el buitre su presa que ciego destroza;

en vez de su ronco graznido se escucha
vibrante y sonora
surgiendo del árbol que viste el follaje,
cual himno de amores la voz de la alondra.

—

¿Qué tienes, mi alma? ¿Por qué á tus pupilas
el llanto se agolpa?
¿Por qué vibra el suspiro angustioso
en el puro clavel de tu boca?
¿Por qué palideces? Mas ¡ah! ya comprendo:
la pena te ahoga
al ver estos campos que fueron há poco
teatro sangriento de lucha horrorosa.

—

Aquí, con la rabia
de salvajes hordas,
contra hermanos lucharon hermanos.
¡Maldición á la guerra que asola,
destruye y abate!
¡Paz y eterna gloria

á aquellos soldados que sobre esta hierba
hallaron su fosa!
¡Mártires insignes,
astros de la historia,
á quienes recuerdan con duelo perenne
madres desoladas, vïudas llorosas
y huérfanos tristes que van sin amparo
por esos caminos pidiendo limosna!

—

¿Ves, amada mía,
sobre aquella loma
un montón elevarse de escombros?
Aldea fué en tiempos y yermo es ahora.
Antes de la guerra,
cual bandada de alegres palomas
que un momento abaten
el vuelo y tranquilas reposan,
se agrupaban las blancas casitas
en ese paraje que el rayo colora
del sol que se oculta, sus ruinas bañando
con tenues reflejos de lúz misteriosa.

—

En estos contornos la dicha reinaba;
mas ¡ay! que la sorda
borrasca estalló de repente.
La guerra, que torna
el verjel en desierto infecundo,
llegó como llega rugiente la tromba,
y al pasar, con su aliento de muerte,
rencor y discordia,
destruyó la campiña, y las llamas,
con sus lenguas rojas,
escalar pretendieron las nubes,
al pueblo ciñendo soberbia aurëola.

* * *

¡Ven, amada mía!
¡en mi pecho tu frente reposa!
Ya ha pasado el torrente de brumas;
ya pasó la avalancha de sombras;
ya la guerra cesó; ya los valles
se cubren de rosas.
Mas ¡ay! ¿quién devuelve
la vida á esos mártires? ¿quién enjugar logra
de esas madres sin hijos el llanto?

¿quién aplaca el dolor que devora
á esas pobres vïudas? ¿quién puede
remediar la miseria espantosa
de los huerfanitos que van sin amparo
por esos caminos pidiendo limosna?



La muerte ante el cadáver.

A Enrique Tomasich.

¡Ya es mío! De la lúgubre cadena
rompí los eslabones.
Ya descansa en mi calma tenebrosa.
¡Encended los blandones,

---

amortajad el cuerpo y encerradle
en la fúnebre caja
donde entre el pabellón de las tinieblas
el gusano trabaja!

¡Ved mi obra y admiradme! Sus pupilas
velé con densa nube;
de su sangre espumosa los torrentes
en las venas detuve;

—

hice dormir el sueño de la eterna
paz á su pensamiento;
helé su corazón, paré su pulso
y congelé su aliento;

—

y de mi gran poder haciendo alarde,
como torpe resabio
de mi orgullo, arrojé la inmunda mosca
sobre su yerto labio.

—

De sus triunfos ¿qué fué? De sus pasiones
y sus sueños de gloria
¿qué queda? Ya lo veis: queda el cadáver;
¡mi enseña de victoria!

—

Eso me basta. El alma, que es divina,
á Dios tienda su vuelo.
Yo pudro la materia en mi palacio,
que escondo bajo el suelo.

—

Conmigo el triunfo marcha. Cuanto existe
ante mí se derrumba.
Todo cae á mi soplo en la vorágine
terrible de la tumba.

—

Emperadores, héroes, sabios, genios,
todos me pertenecen.
Al contemplar mi fúnebre silueta,
de espanto palidecen.

—

La sombra de mi espectro cubre el mundo.
Llevo del hombre el sino
en mi carro triunfal. Soy la amenaza
perpetua del destino.

—

¡Inquieta humanidad! Ríe y apura
la copa centellante
del placer, en el seno tumultuoso
de la orgía brillante.

—

Sigue tejiendo con tenaz porfía
la red de tus quimeras,
bañada por los vagos esplendores
de dichas pasajeras,

—

mientras yo, de la noche misteriosa
creo, en el seno frío,
tu verdugo, tu déspota, ¡el gusano!
¡el vencedor sombrío!



Escucha

Vuelve, mujer, los ojos, al oriente
de tu niñez inmaculada y pura,
y sus recuerdos, llenos de ventura,
consolarán tus penas del presente.

Sube sin vacilar por la vertiente
de tu calvario, pedregosa y dura,
sin que te atraiga la mirada impura
que clava en la inocencia la serpiente.

No te deslumbre el resplandor del oro.
Esclava del honor y del decoro,
no des oídos á la ruin falacia,

ni al vicio nunca compasión demandes.
Sé heroica en la virtud. Las almas grandes
se templan al rigor de la desgracia.



El monólogo del león.

A José Rocamora.

Soy el amo, soy el dueño
de las selvas misteriosas;
el emperador augusto
de las espléndidas frondas;
el siniestro soberano
de las espesuras lóbregas,
los bosques inaccesibles
y las montañas recónditas.

—

Tengo mi alcázar en una
caverna abierta en la roca,
donde las estalactitas,
como sartas de preciosas
piedras, cubriendo las negras
paredes, y unas á otras

estrechamente enlazadas,
racimos brillantes forman.
El suelo de mi palacio
se oculta bajo una alfombra
de osamentas descarnadas
de las víctimas que inmola
mi ferocidad de monstruo
á mi sed siempre rabiosa,
que sólo se aplaca cuando
mis garras fuertes y corvas,
de la presa.palpitante
los tibios miembros destrozan.

—

Ancha y clara es mi pupila;
mi mirada ardiente y honda,
al más animoso espíritu
causa profunda zozobra.
Mi rugido es el espanto
que truena, zumba y redobla;
sordo fragor de tormenta,
armonía horrible y ronca
de catarata, que escucha
estremecida la sombra.

—

Todo á mi presencia tiembla
en convulsión espantosa.
Por el terror espoleados
huyen en carrera loca
los salvajes pobladores
del monte al ver mi faz hosca.
Saben que soy el guerrero
triunfador, cuya corona
de laurel inmarcesible
canta la eterna victoria;
el déspota á cuyas plantas
todos humildes se postran;
el implacable tirano;
la brutalidad en forma
de bestia.

—

Al sentir el golpe
violento de la traidora
bala ó la flecha mortífera,
mi cabeza poderosa
sacudo, y de mi melena
se eriza la crencha roja,
cual superficie de lago
cuando la borrasca sopla;

rujo, y mi rugido intenso,
en el que escupo mi cólera,
epileptiza la selva,
empalidece las rosas,
y de los añosos árboles
hace palpitar las copas,
como si fuesen movidas
por las alas de la tromba.

Soy noble porque soy bravo,
la lealtad es mi norma.
Nunca embisto artero. La ardua
asechanza ignominiosa,
para mí no se hizo. Rostro
á rostro avanzo, mi torva
frente y mi pecho ofreciendo
como blancos á la sorda
y siniestra puntería
del cazador que me acosa.
Respeto á la infancia. El niño
ante mi imponente y lóbrega
majestad, puede sin miedo
pasar. La rodilla dobla
generoso el fuerte ante

el débil. Las grandes sombras
se prosternan cuando brilla
la blanca luz de la aurora.

—

Mi enigmática grandeza,
en una palabra sola
puede condensarse: NOCHE.
Mas la noche tenebrosa
tiene risueños idilios,
ráfagas murmuradoras,
atrayentes seducciones,
y luceros que la adornan
y la iluminan, cual pléyade
de fulgurantes antorchas.



Stabat Mater.

Por el pedregoso
y escueto camino
que guía á la cumbre
fatal del suplicio;
siguiendo las huellas
sangrientas del Hijo,
que marcha arrastrando
su cuerpo purísimo
por entre las turbas
del pueblo judío,
va la Madre amorosa exhalando
del pecho virgíneo
el alma en sollozos
convertida y dolientes suspiros.

—

Cubierto está el cielo
por manto sombrío;
la tormenta forja
sus monstruos fulmíneos,
y los vientos rugen
el trágico himno
de la ira sagrada
que en plazo brevísimo
va á caer sobre el mundo en torrentes
de centellas, de lluvia y pedrisco.

—

La ráfaga incierta
del euro bravío
mueve de la Virgen
los revueltos rizos
y agita las orlas
del manto azulino,
que semeja un fragmento de cielo
sereno y radiante sobre ella extendido.

—

Miradla: su frente
ha tomado el color amarillo
de la cera, y al suelo se abate:
Sus ojos, do ardía la lumbre de Sirio,
enturbian las lágrimas;
sus labios carmíneos,
el color de capullo entreabierto
por siempre han perdido.
En aquellos momentos parece
la Virgen un lirio
de los que florecen helados y tristes
en la blanca cima del gran Apenino.

—

La sombra ha cerrado:
los dedos lumínicos
del relámpago á trechos desgarran
el fúnebre nimbo
de las nubes, y el trueno retumba
con ronco estampido.
Ya de los Profetas
va á cumplirse el atroz vaticinio:
¡la muerte del justo!
Negro crucifijo
le espera: las hieles

están preparadas. ¡Todo se ha previsto!
El ruin populacho,
con frases soeces y rabiosos gritos,
de Jesús celebra
el cruel martirio,
y goza en las hondas torturas que sufren
su cuerpo y su espíritu.
El chacal, al cebarse en la presa,
no muestra el encono que aquellos impíos
al cebar sus infames rencores
en los miembros llagados de Cristo.

—

Por angustia mortal descompuesto
el semblante lívido;
traspasada el alma
del dolor por el fiero cuchillo,
bajo el negro toldo
que cubre el vacío,
la Virgen contempla
el cruento y brutal sacrificio,
mientras oye á través del espacio
cantos argentinos,
aladas estrofas
de celeste ritmo,

y en sus corolas guardaban
el perfume que dejó
en ellas la blanda esencia
de los naranjos en flor.

—

Con una mirada triste
mi niña gracias me dió;
estrechándome la mano
quiso hablar, pero la voz,
como un quejido, sin fuerza,
en su garganta espiró.
Y viendo un ángel inmenso
batir sobre ella veloz
su ala nítida, en la altura
los dulces ojos fijó,
cual mirando en lo invisible
la augusta sombra de Dios,
y de sus rosados párpados
la tenue gasa cayó,
extinguiendo para siempre
el celestial arrebol
de aquellas pupilas hondas
y negras como el dolor.



¡Imposible!

Yo quisiera vivir solo contigo
en el confín de un bosque silencioso;
libre de estos combates, y al abrigo
de la honda paz y el bienhechor reposo.

—

En una casa blanca como el ampo,
do no llegaran más que los rumores
de la brisa benéfica del campo,
saturada de aromas de las flores.

—

Junto á un lago gentil de azules ondas,
que en su radiante espejo reflejara
las líneas de oro de tus trenzas blondas
y tu rostro de mármol de Carrara.

—

Lejos del fiero batallar del mundo,
siendo tú mi constante compañera,
fuese mi vida un éxtasis profundo,
creado en el edén de la quimera.

—

De las pasadas luchas la memoria
y el recuerdo tenaz de mis pesares,
se extinguirían en mi incierta historia
como el disco del sol tras de los mares.

—

Y aquel presente de dulzura y calma,
y del futuro el ideal hermoso,
la selva alumbrarían de mi alma,
como la luna el antro tenebroso.

—

Mas esta aspiración de mi ternura
jamás podrá rëalizar mi suerte.....
Mi vida es manantial cuya agua pura
el infortunio en lodazal convierte.

—

De la ilusión el misterioso arrullo
vibra en mi oído con amargo dejo:
murmullo percusión de otro murmullo,
reflejo sin calor de otro reflejo.

—

El imposible sin cesar me asedia,
y al imposible voy con heroísmo,
sin pensar que en la trágica comedia
me hundo el puñal hasta la cruz yo mismo.

—

¡Oh! Sólo tú podrás, virgen hermosa,
desvanecer mis penas con tu encanto;
tú que brillas, estrella esplendorosa,
sobre la horrenda noche de mi espanto.

—

Tú, á quien la santa voluntad suprema
del Hacedor al universo envía
para dulcificar el anatema
que mereció la humanidad impía.

—

Tú, que del mundo ajena á los placeres,
á todo bien te muestras asequible.....
mas loca es mi ambición. ¡Tú también eres
parte esencial del pérfido imposible!



La domadora de serpientes.

He visto una domadora
de serpientes, que trabaja
con los fieros ejemplares
de los desiertos del Asia.
Las más temibles culebras
delante de ella se arrastran,
y la obedecen sumisas
cual si fuesen sus esclavas.
La domadora, que viste
su hermosura dulce y blanca
con un opulento traje
del color de la escarlata,
lleva desnudos los brazos
y sin velos la garganta,
para hacer aún más patente
su osadía temeraria,
que premia unánime el público
con ovación entusiasta.

—

Después de los ejercicios
que constan en el programa,
entre un diluvio de aplausos
comienza á tañer la flauta
la joven, y las culebras
entonces, mudas y extáticas,
por sus piernas blandamente
trepan, al talle se enlazan,
cubren su cuello de armiño,
y ciñéndose á su espalda,
á la domadora envuelven
en escamosa coraza;
y es un espanto ver luego
las cabezas achatadas
de los monstruos rodeando
la cabeza hermosa y pálida
de su dueña que, serena,
en la pista se levanta,
como lucero que orlase
una diadema de manchas.

—

De la domadora envidio
el poder. Desde mi infancia

llevo una horrible culebra
al espíritu enroscada,
que con mordiscos de muerte
el corazón me desgarra,
y á pesar de mis esfuerzos
¡aún no he podido domarla!



Sarcófago.

A Salomé Grau.

Al contemplar las negras golondrinas
de tus ojos vibrando en torno mío,
siento desvanecerse el hondo hastío
que á mi frente ciñó nimbo de espinas.

La luz de tus miradas diamantinas
trueca el invierno en abrasado estío,
y del inerte corazón sombrío
baña gentil las desoladas ruinas.

Como á su amor tu amor no le responda,
¡triste de aquel que en tu mirada honda
deje caer el alma deslumbrada!

La mía ya encontró su sepultura
en unos ojos de mirada obscura,
lo mismo, Salomé, que tu mirada.





Las viruelas, Beatriz, han mutilado
tu espléndida belleza,
y en grotesco antifaz la han transformado.
Ya no levantas la gentil cabeza,
más que altiva, arrogante;
ya tu pupila, llena de fulgores,
no lanza aquellos dardos de fiereza
que á tu alrededor vertías vencedora,
rudos dominadores
de las almas exhaustas de firmeza;
ya tu sonrisa celestial de aurora
en tus labios se heló; ya tu alegría
desvanecióse en la corriente amarga
de la pena sombría,
y tu existencia, que antes refulgía
radiante como el sol, es una carga

cuyo peso moral sobre tu frente
cae, señalando en ella
surco profundo, delatora huella
del combate inclemente.

—

¿Qué se ha hecho de tu orgullo?
De tu soberbia vanidad, ¿qué ha sido?
Al dejar de latir el dulce arrullo
de halagadoras frases en tu oído,
tu alma se ha desplomado
en el foso insondable
donde enterró tus triunfos del pasado
esa fatalidad inexorable
que tu rostro ha talado
deshaciendo su hechizo
con la furia implacable
con que tala el granizo
la diadema de espigas del sembrado;
y hoy tu ruin vanidad, tu orgullo necio,
el infortunio trágico congela,
marcándote, en señal de hondo desprecio,
con la horrible erupción de la viruela.

—

¡Ay Beatriz! En el mundo,
todo es cual tu hermosura
fué. En el raudal fecundo
de la existencia ingrata,
todo se convulsiona y se marchita.
La flor que en la espesura
muestra el vivo color de la escarlata,
y el dulce viento de la tarde agita,
al rayo abrasador del sol se agosta;
el huracán los árboles doblega;
siente el cantil abrupto de la costa,
del embate del mar la rabia ciega,
y hasta el soberbio monte,
gigantesco barreno de granito
que audaz agujerea el infinito
y domina el espléndido horizonte,
se abre y se desmorona
cuando el volcán, bramando,
ciñe á su cumbre secular corona,
sus hirsutas entrañas perforando.

—

Obra de Dios, la gran Naturaleza
en tí vertió sus dones,
haciendo del ideal de tu belleza

una de sus augustas creaciones;
y tú, desvanecida
con tan privilegiado patrimonio,
te estremeciste de placer henchida.
Del orgullo el demonio
se apoderó de ti; su vil consejo
escuchaste anhelosa,
y llegó hasta tal punto tu delirio,
que un día, contemplándote al espejo,
viendo un rayo de sol cuyo reflejo
doraba tu alba tez de nardo sirio,
levantando la frente
y mirando á la faz esplendorosa
del astro refulgente,
febril dijiste: ¡Yo soy más hermosa!

—

El ángel implacable del destino,
adivinando tu moral anemia,
al poco tiempo vino
á castigar tu cínica blasfemia
señalando en tu rostro peregrino
el estigma cruel de la epidemia;
y rompiendo el encanto
de tu dicha futura

al romper el crisol de tu hermosura,
por sola herencia te legó el consuelo
de recordar, entre la hiel del llanto,
tu pasada ventura,
condenándote á ir siempre en desconsuelo
eterno, presa de dolor punzante,
con la mirada rastreando el suelo,
y la deformidad de tu semblante
cuidadosa ocultando bajo el velo.

* * *

¡Pobre Beatriz! Al ver tu honda tristeza,
siento que el gran desdén que me inspiraba
la hipérbole de luz de tu belleza,
se convierte en piedad. Medita y reza.
La vida es una flor: pronto se acaba.



Fecha triste.

Cuando va aproximándose
la Noche-Buena,
siento un escalofrío
que mi alma hiela;
y es que el recuerdo
de los días felices,
sale á mi encuentro.

—

Por el kaleidoscopio
de mi memoria,
pasan gratas escenas
unas tras otras,
como las nubes
pasan por los serenos
cielos azules.

—

Mas éstas, en los aires
no graban huella,
y mis recuerdos, signos
fúnebres dejan;
trozos de bruma,
que en la mente señalan
rayas obscuras.

—

De mis muertos queridos
la voz escucho;
veo el hogar amante,
tranquilo y puro,
donde los años
de mi infancia, cual sombras
se deslizaron.

—

Evoco la alegría
de aquellos lares,
y mis sueños de entonces
rápidos salen
de mi alma-tumba.
Yo abro siempre en Noviembre
su sepultura.

—

Fúlgidos y sonoros
mi frente rozan
con sus doradas alas
de mariposa;
por un momento
llenan de luz el caos
de mi cerebro.

—

Mas pronto se disipan
como la espuma
que en el río levanta
leve burbuja;
y sus cadáveres,
otra vez en el alma
van á enterrarse.

—

La realidad se impone.
Mi hogar no existe;
mi niñez fué una ola;
mi amor la esfinge.
Solo me encuentro.....
¡ya hace tiempo que duermen
los pobres viejos!

—

Y al sentir la profunda
vaga tisteza
renacer de las ruinas
de mis quimeras,
como un sonámbulo
digo á mi YO sombrío:
¡Todo ha pasado!



CONTRICIÓN.

—

Al Rdo. Padre Cándido Sanz.

El velo que envolvía mi existencia
por fin hoy se levanta,
y la sombra invernal de mi conciencia
disipa una luz santa.

—

Astro que brilla en la celeste altura
mi espíritu ilumina,
encendiendo en su lóbrega negrura
rayo de fe divina.

—

Rayo de fe que con amor ardiente
me manda el Dios augusto
que hace vibrar á la sonora fuente,
rugir al mar adusto.

—

La emanación purísima del cielo
en mi frente se posa,
como sobre la flor de terciopelo
la tierna mariposa;

—

y al penetrar, cual paternal caricia,
en el pecho transido,
le devuelve, con íntima delicia,
su dulce bien perdido.

—

Vuelvo por fin á tu amoroso seno,
¡oh Religión sagrada!
Torno á tus brazos de tristeza lleno
y el alma lacerada.

—

¡Piedad, piedad, Señor, para el ingrato
que obcecado y demente,
á impulso de frenético arrebato
te golpeó la frente!

—

¡Perdón para el que en horas de locura
te apostrofó violento,
tu corazón llenando de amargura,
con ultraje sangriento!

—

¡Compasión para el réprobo que llora
su culpa de rodillas,
con lágrimas de lava abrasadora
que inundan sus mejillas!

—

Tú, que siempre magnánimo, tuviste
perdón para el caído,
consuelos y ternura para el triste.
Tú, que siempre encendido

—

de la piedad en la divina lumbre,
en la Cruz enclavado,
del monte infame en la riscosa cumbre
de afrentas coronado

—

espiraste extendiendo sobre el mundo
tus brazos salvadores,
deja caer el manantial fecundo
de tus dulces amores

—

sobre mi yerto espíritu que gime
dentro de su honda pena,
como en el antro el preso á quien oprime
la bárbara cadena;

—

haz que en estas estepas solitarias
del alma arrepentida,
al beso bienhechor de las plegarias
surja la eterna vida;

—

y ya que de mi mente desgarraste
los fúnebres crespones,
y el caos tenebroso iluminaste,
¡perdón, oh Tú, que siempre perdonaste!
¡Señor! ¡No me abandones!

23 de Enero de 1894.

La zagala.

Hay en las negras pupilas
de la preciosa zagala,
nítidos rayos de luna
y resplandores del alba;
en sus labios rosas frescas
de embriagadora fragancia;
en su frente tonos puros
de jazmines y de acacias,
y en el fondo de su pecho
un raudal de fe cristiana
que se desborda piadoso
en torrentes de plegarias.

—

Cuando en los días de fiesta,
al tañir de la campana

que invoca á los fieles, sale
á oir Misa la zagala,
con la sonrisa en la boca,
en los ojos la esperanza,
la primavera en la frente,
la santa paz en el alma,
el cielo se regocija,
la tierra viste de gala,
el sol flamea más puro,
vibran más dulces las auras,
y hasta las piedras que oprime
ligeramente su planta,
bajo aquel peso, amorosas,
á su contacto se ablandan.

—

¡Oh, qué bella está la niña!
¡qué hermosa está la zagala
en el templo soberano,
de rodillas ante el ara,
frente á la imagen augusta
de la Virgen sacrosanta,
á los cielos dirigiendo
su oración, que entre las pálidas

columnas de incienso sube
perdiéndose en la distancia,
mientras la luz que penetra
por la ojiva sonrosada,
un nimbo resplandeciente
ciñe á su cabeza pálida,
con amantes y risueños
ósculos acariciándola!

—

De Misa la gente sale.
A la puerta de una casa
como la modestia humilde,
como la inocencia blanca,
esperando está á la joven
su madre, la buena anciana
que llenó de fe los días
espléndidos de la infancia
de aquel tierno y adorado
pedazo de sus entrañas.
Al verla, el placer fulgura
en las pupilas cansadas
de la vieja, que anhelosa
la dice, al par que la abraza:

—¿Pediste á Dios, hija mía,
por el descanso del alma
de tu padre? — Sí — contesta
la niña risueña y plácida; —
por la salud de usted, porque
me guarde pura y sin mancha,
y por esos pobrecitos
que en estas noches tan largas
y tan frías van desnudos
hollando nieves y escarchas,
sin encontrar un asilo
donde aliviar su desgracia.—
En los ojos de la vieja
se ven titilar dos lágrimas,
y estrechando entre sus manos
las sienes de su hija, estampa
un beso en la tersa frente
de la preciosa zagala,
en cuyas negras pupilas
se confunden y amalgaman
nítidos rayos de luna
y resplandores del alba.



Post tempestate.

A Julio Hernández y Bau.

Hay en el oceano de mis amores
una barquilla débil como las flores,
agredida con furia de horda salvaje
por los rabiosos monstruos del oleaje.
El firmamento cubre siniestra alfombra:
en derredor es todo pánico y sombra:
las aves de la noche pasan rozando
del bajel las caderas, como anunciando
la hecatombe vecina; los horizontes,
de las gigantes olas cubren los montes,
y contra la tormenta que el cielo abarca,
no puede defenderse mi pobre barca.
Cual con valor heroico lucha el soldado
asido á su bandera, ya despojado
de armas, así en el límite del paroxismo,
mi barquilla se bate con el abismo.

Del huracán á impulsos el timón roto,
y tronchada la vela, sobre el ignoto
vértice de la sima gira ondulando,
á la implacable tromba desafiando.
De auxilio, ni aun remota, no hay esperanza;
del mar se ve desierta la lontananza,
y el puerto más cercano tan lejos brilla,
que intentar es inútil ganar la orilla.

—

Con los ojos del alma triste contemplo
naufragar el esquife, de mi amor templo.
Él encierra el tesoro de mis delirios,
cual su aroma en los pétalos guardan los lirios;
él en su seno lleva la poesía,
residuo de la escasa ventura mía.
Cuanto anhelé en el mundo, cuanto he amado,
va de las turbias hondas al centro helado;
todo cae en escombros y se derrumba
en su flotante seno. ¡Plácida tumba!
Allí mis ilusiones inmaculadas
se trocarán en perlas petrificadas,
y de mis esperanzas los ideales
animarán el rojo de los corales

que en sartas refulgentes y diamantinas
ciñen el blanco cuello de las ondinas.



Mas aunque en el océano que se embravece,
ya mi bajel hendido desaparece
con mis dichas soñadas, queda un tesoro
en mi pecho: la imagen del bien que adoro;
que vive eterna y pura como la gloria,
en las profundidades de mi memoria.



Á PIEDRA Y LODO

En vano llamas á mi hogar. Tranquilo,
ya en posesión de mi virtud austera,
entre el rugir de la borrasca fiera
te oigo anhelante demandarme asilo.

Es inútil, mujer. Nunca vacilo
después de decidirme. Traicionera
no ablandarás mi corazón de cera
con ese llanto vil de cocodrilo.

Para el débil, el bueno y el honrado,
para el hijo bastardo de la suerte,
mi hogar es hospital. Para el malvado,

mi hogar es muda ciudadela fuerte,
cumbre del Portopí, muro ferrado,
glacial esfinge, imagen de la muerte.



Mayo y la muerte.

Cruzan por bosque frondoso
enlazados los amantes
á la hora en que su pálida
frente reclina la tarde
en el seno de la noche,
engarzado de diamantes.
Sobre la dulce pareja
extiende el cielo insondable
su pabellón azulado;
gimen las brisas errátiles,
y pasan buscando el nido
las golondrinas fugaces
que al calor de Mayo tornan
á sus pristinos hogares.

Del crepúsculo el incierto
difumino borra el valle,

desdibuja los contornos
vigorosos del paisaje,
y á la vez que las montañas
blanquea con tintas suaves,
ennegrece los caminos
y las rocas y los árboles.
Arriba luz cristalina;
sombra abajo. ¡Hosco contraste!

—

Ellos van por una senda
que inundan rosas fragantes,
forjando idilios quiméricos
y amor eterno jurándose.
El porvenir se presenta
á sus ojos deslumbrante.
La ilusión los acaricia,
la felicidad invade
su espíritu iluminado
por auroras celestiales.
La niña es blonda, risueña
y pura como los ángeles,
y él casi un adolescente.
Se adoran. ¡Dicha inefable!

—

Tejiendo sueños de amores
van por el bosque adelante.
Sus frentes circunda el nimbo
del crepúsculo impalpable,
y la luna los envuelve
en desmayos vacilantes
de luz argentina y clara
que ciñe níveos collares
á las hirsutas malezas
y á los arbustos salvajes.

—

Mas un horrible esqueleto
que de los senos del aire
surgió, un engendro espantoso
de las nieblas nocturnales,
sigue con pasos de sombra
y afán perenne y constante
á la amorosa pareja,
que en su coloquio engolfándose
se pierde bajo la umbría
y espesa red del ramaje
y se sienta sobre el césped
que las ondas virginales
de un arroyo cristalino
bordan de perlas brillantes.

—

El fantasma se coloca
junto á ellos: ardientes frases
empapadas de ternura
crúzanse entre los amantes,
que hablan de un futuro hermoso,
de encantadores viajes
por la poética Italia,
de las espléndidas tardes
de verano, que en su quinta,
medio oculta entre el follaje,
pasarán, cuando por siempre
Dios sus destinos enlace.
De repente á la doncella
golpe de tos implacable
ataca y mojan sus labios
purpúreos gotas de sangre.

*
* *

El esqueleto, en silencio,
ríe con risa insultante.



A una mujer.

Desde hace años, hermosa de mi alma,
te vengo consagrando mis recuerdos,
sin caer á tus plantas prosternado
en el delirio de mi amor inmenso;
sin que se hayan mis labios atrevido
jamás á confesarte mi secreto,
por temor de dejar eternamente
mi corazón en tus encantos preso.
Fiera ha sido la lid; rudo el combate,
que aun continúa sin cuartel ni término;
mas en mi auxilio llamo á mi energía,
y aunque tu imagen llena mi cerebro
y mi alma se estremece cuando escucho
la música sonora de tu acento,
sigo como antes, firme en mi designio,
mi pasión sepultando en el silencio.
Estuve á punto de doblar mil veces

ante ti la cerviz; rendir mi cuello
á tu avasallador yugo implacable,
y mil veces logré triunfar á tiempo.
He huído de ti, como se huye
con la febril agitación del miedo,
de todo lo que arrastra hacia el abismo.
Te amo tanto, mujer, como te temo,
pues sé que al sumergirme en los fulgores
resplandecientes de tus ojos negros;
al pronunciar la más leve palabra
denunciadora del cariño interno
que al nacer en las fuentes de mi espíritu
se desborda en la cárcel de mi pecho;
al grabar en tus labios sonrosados
la dulce huella de mi amor eterno,
la libertad del alma perdería,
¡y yo odio al débil y rechazo al siervo!
Por eso esquivo tu presencia siempre;
no te quiero mirar, verte no quiero;
porque si llega un día en que, vencido,
mi pasión insensata te confieso,
y rompo el dique, y la ola contenida
dejo correr con ímpetu soberbio,
como tú has comprendido que las llamas
de este Etna en erupción rugen por dentro,
sonreirás de vanidad henchida

al contemplar tu orgullo satisfecho,
y yo, amarrado por servil coyunda,
seré un esclavo digno de desprecio,
un juguete sumiso á tus caprichos,
un sér sin voluntad, el Prometeo,
al poder de tu pálida belleza
con cadenas de amor siempre sujeto.

—

Sigamos los caminos que la suerte
nos deparó, por mi forfuna, opuestos.
¡Adiós! ¡Adiós! ¡El hado haga que á solas
nunca jamás los dos nos encontremos!



VIERNES SANTO

A Javier Fontán.

Lentamente los Pasos desfilan.
El pueblo la frente prosterna,
y ante el cuadro terrible doblando
la rodilla en tierra,
parece que siente latir en su alma
el horror de la augusta tragedia.
Las vírgenes dulces, los santos excelsos
van marchando á través de la inmensa
muchedumbre doliente y contrita
que llora y que reza.
Del sol los gloriosos fulgores
hacen de las joyas radiantes centellas,
y los mantos simulan incendios,
y constelaciones las ricas diademas.
Del gran Nazareno con marcha pausada
la imagen se acerca,
y todos los labios un ¡ah! palpitante
suspiran y exhalan cual fúnebre queja.

—

La espalda encorvada bajo el árbol rudo
de la Cruz siniestra,
la túnica rota, vidriosos los ojos,
la faz amarilla, la boca entreabierta,
la frente abatida, las sienes orladas
de pintas sangrientas,
avanza Jesús entre el hondo
silencio que reina.
Los pechos se oprimen, los rostros se anublan,
las pupilas de llanto se llenan,
y en la mente con sordo redoble
parece que suena
el toque de muerto que en torres distantes
emiten á un tiempo campanas inmensas.

—

La figura del Mártir sublime,
va pasando grandiosa y soberbia
de humildad, de dolor, de ternura,
de amor y tristeza.
Poco á poco se pierde á lo lejos,
y la Dolorosa, magnífica y bella,
con los ojos radiantes henchidos
de líquidas perlas,
transida y sufriente deslízase y pasa,
del Hijo adorado siguiendo las huellas.

El drama grandioso, con calma imponente
se ha mostrado ante el pueblo, que en densas
oleadas se agolpa en las calles,
con palpitaciones de brusca marea.

—

Y á la vez que los ojos del alma
á través de los siglos penetran
en la tarde luctuosa del día
que del monte en la lívida cresta
Jesús redimió á los humanos,
la mirada abstraída contempla
los últimos grupos
de la comitiva que tarda se aleja,
mientras los fulgores del sol que la hiere
hacen de las joyas radiantes centellas,
y los mantos simulan incendios,
y constelaciones las ricas diademas.



SOMBRA

Tan rojos son los labios
virgíneos de mi amada,
como la sangre fresca
en la hoja de una espada.

—

De este fragante pomo
de esencias y ambrosía,
la voz surge en divinos
torrentes de armonía.

—

Jamás acento alguno
denunciador de agravios
brotó de la rosácea
corola de sus labios.

—

En ellos la sonrisa
brilló siempre amorosa,
cual el fulgor del alba
sobre naciente rosa.

—

De aquel coral formado
para crear la calma
y tachonar de estrellas
la lobreguez del alma,

—

soñaba yo que nunca
saliese la sentencia
que de llenar había
de sombras mi existencia.

—

Mas un día, tranquilos,
los labios de mi amada,
rojos cual sangre fresca
en la hoja de una espada,

—

alegres se entreabrieron,
para envolver, inerte,
mi espíritu en el lúgubre
sudario de la muerte;

—

y desde aquel instante
palpito bajo el yugo
de horror con que me oprime
mi angélico verdugo.



El único consuelo.

A D. Gonzalo de La Torre de Trassierra.

De mis caras memorias en el sagrario
hay, entre otros objetos, un relicario,
que de una blanca noche de primavera
entre la paz augusta y el gran misterio,
me dió la inolvidable niña hechicera
que duerme, allá en los límites de la frontera,
en el rincón obscuro de un cementerio.
Negro es el relicario, y en él bordada
la imagen de la Virgen inmaculada,
un copo hecho parece de iris y espuma
brillando sobre un cielo lleno de bruma.
Esta prenda querida de mis amores,
de la fe de mi amada símbolo santo,
el crepúsculo alumbra de mis dolores
y la aridez mitiga de mi quebranto;
y en la rígida lucha de mi existencia,

amiga de mis rudos profundos males,
va unida á mi desgracia, como la esencia
á los frescos botones de los rosales.
Disipando las sombras de mi camino,
ella brinda consuelos al peregrino
que de la vida triste cruza el desierto,
ahogado por torturas que el labio calla,
y escuchando en su espíritu, siempre despierto,
el latir incesante de la batalla.
¡Cuántas veces al rayo de aurora pura
contemplé esta reliquia de mi ventura
perdida ya en el seno de aquella fosa
tan estrecha, tan fría, tan silenciosa!
¡Cuántas á los fulgores crepusculares
acaricié con besos del alma mía
la frente de azucenas, lirios y azahares,
de la adorable y santa Virgen María!
Siempre, al mirarla, siento que alegre vuela
en torno mío un ángel cándido y puro,
aplacando la angustia que me flagela
con el dulce y bendito *Maris Stella*
que del escapulario sobre el obscuro
fondo su breve mano bordó amorosa
en los frescos umbrales de aquella casa,
que escondida en el bosque como una rosa,
yergue su dorso blanco sobre la umbrosa

verdura del ramaje que el sol traspasa,
matizando sus tapias limpias y puras
con rayos luminosos, que á la caída
de la tarde se extienden por las negruras
de la agreste y sonora selva dormida.



¡Ay! En esta reliquia que amante guardo
cual guardaba el tesoro de su hondo anhelo
en su alma inmensa y triste Pedro Abelardo
hay sombras de la tierra, luces del cielo,
transportes ideales, penas crueles,
dulces aspiraciones de lo infinito.....
¡Todas las esperanzas, todas las mieles,
todas las amarguras, todas las hieles
de aquel amor eterno como el granito!



Resurrexit.

Al ver tu rostro celestial ajado
por la huella cruel del sufrimiento,
sentí en el corazón y el pensamiento
levantarse las sombras del pasado.

Olvidé lo que nunca había olvidado;
hablaron la piedad y el sentimiento,
y al poderoso influjo de tu acento
mi odio en mi compasión quedó enterrado.

Entonces comprendí que aunque en la vida
todas las cosas al abismo ruedan,
resurge á veces la ilusión perdida;

que haya recuerdos que morir no puedan;
que á abrirse torne la cerrada herida,
y que *do fuego ardió cenizas quedan.*



La calumnia.

Cubierta con el espectro
lívido de mi antifaz,
y oculta entre los crespones
de la niebla nocturnal,
ejerzo mi infame oficio
de verdugo y de truhán,
recogiendo de mi saco
en la sentina moral
desperdicios del arroyo
y escorias del muladar.

—

Como todos los cobardes,
ataco en la obscuridad,
y el golpe no yerro nunca
cuando esgrimo mi puñal,
forjado en el yunque homérico
de las fraguas de Satán.

Tengo por defensa el hondo
misterio, la impunidad;
como la noche, profunda;
insondable como el mar.

—

Escondida entre la sombra,
mi dardo asesto fugaz,
ola de cieno que arrojo
impulsada por el mal,
sobre el alma fulgurante
de la inquieta humanidad,
que al recibir mi saliva
siente el espasmo brutal
que produce lo imprevisto
de mi agresión secular.

—

En vano es que su mirada,
llena de iracundo afán,
mi víctima, de la bruma
sumerja en la densidad,
para descubrir mi esfinge
impenetrable y procaz.

Yo, el adversario terrible,
soy el enigma fatal.
De mi anagrama es inútil
querer la X descifrar.

—

El virus con que emponzoño
mi flecha, es siempre mortal,
y su ancha herida no puede
cicatrizarse jamás.
Como el disparo es seguro,
aunque lo lanzo al azar,
lo mismo cae de la núbil
sobre la sien virginal,
que sobre el nombre del sabio,
que sobre la frente audaz
del héroe. Mi solo objeto
es hendir, desfigurar
el rostro puro y augusto
de la implacable verdad.
Es mi aliento la epidemia;
mi única gloria infestar.

—

Por eso, cuando surgiendo
de la horrible tempestad,
apareci del relámpago
en el ígneo zig-zag,
se opaqueció de repente
el resplandor sideral,
y en las ciclópeas cavernas
do sepultados están
al martirio condenados
por toda la eternidad,
se sonrïeron gozosos
los negros genios del mal.



PENUMBRA.

Al notable aunque poco conocido poeta
D. J. José Fernández.

—¿Acabaste, Dolor?—No; todavía
no he terminado.—Tu furor, que afronto,
¿cuándo concluye?—Cuando llegue el día
en que duermas por siempre.—¿Será pronto?

—

—Tardará.—¿Tardará?—Sí; ¿qué deseas?
—Que el fuego extingas que en mi mente arde.
—La erupción del volcán de las ideas
yo no puedo apagar: no soy cobarde.

—

—No te entiendo.—Arrancarte el pensamiento
fuera cortar el hilo de mi vida,
truncar mi sér y congelar mi aliento,
y el suicidio es baldón. ¡Yo odio al suicida!

—

—Entonces, ¿qué defensa, qué coraza
emplearé contra ti?—No hallo ninguna.
Yo soy la gran tragedia que te abraza
como la noche al disco de la luna.

—

—Huiré lejos, muy lejos.—Será en vano,
pues por doquiera llevarás contigo
la larva vil, el roedor gusano,
el torcedor cruel con que te hostigo.

—

—¿No te conmoverán mi interminable
agonía y mi bárbara tortura?
—La esfinge del desierto es implacable.
Yo me nutro con llanto y amargura.

—

—¿Eres, pues, ley de horror que me condena
eternamente á perdurable sino?
—Soy el tirano; la brutal cadena
que te amarra á la roca del destino.

—

—¿Siempre en mi alma irás?—Siempre en tu alma,
dejando en ella mi raudal acerbo.
—¿Y yo seré ¡oh verdugo de mi calma!
tu esclavo siempre?—Sí; ¡siempre mi siervo!



Piedad.

Todos los días pasa
la pobre ciega
por mi calle, entonando
canciones tiernas
y melancólicas,
como rayo de luna
sobre la fosa.

—

Con la ciega una núbil
va, que parece
flor de cumbre nevada,
diciendo flébil
con voz amante:
"¡Señor, una limosna
para mi madre!"

—

Cuando veo estas hijas
de la desgracia,
una pena profunda
invade mi alma;
el triste canto
de la ciega, me hiere
cual vivo dardo.

—

Y aumentan mi profunda
melancolía
los ojos de la núbil
cuando me miran;
aquellos ojos
tan grandes, que enflaquecen
su lindo rostro.

—

En el cancel reclínome
de la ventana,
hasta que ambas se pierden
en la distancia;
hasta que el viento,
del cantar quejumbroso
confunde el eco,

—

al que se une el cefíreo
    murmullo vago
de la voz de la niña,
    que sin descanso
    dice anhelante:
"¡Señor, una limosna
    para mi madre!"



El Canto del Combate.

¡Aguardiente con pólvora, soldados!
¡Se necesita imprescindiblemente
para entrar en la lucha denodados,
con pólvora beber el aguardiente!

*
* *

Hay que escalar la cumbre de ese monte,
antes que con sus ósculos fecundos
despierte el sol, bañando el horizonte,
la mística plegaria de los mundos.

—

Hay que llegar á su riscosa cima,
cercana de los aires al palacio,
que á los cielos gigante se aproxima
como buscando á Dios en el espacio.

—

Es preciso arrojar con fiera saña
al enemigo por su audaz vertiente.
¡Vosotros libraréis á la montaña
del vil oprobio que inundó su frente!

—

Asaltaréis su poderosa cumbre
blandiendo el arma vuestros fuertes brazos,
y veréis cuál la hirsuta muchedumbre
rueda hasta el valle haciéndose pedazos.

—

Arriba el triunfo está; con él la gloria.
En vuestros pechos generosos late
un corazón sediento de victoria,
y es preciso arriesgarlo en el combate.

—

El alma remontad al infinito:
calad en el fusil la bayoneta:
lanzad rabiosos de la lucha el grito;
firmes subid por la pendiente escueta,

—

y al empeñaros en la lid reñida,
siempre embestid impávidos y estoicos,
pues su valor, al despreciar la vida,
demuestran los espíritus heroicos.

—

La cúspide al ganar, entre el enjambre
entrad del adversario con denuedo,
sin que sientan las piernas el calambre,
terrible y torpe acusador del miedo.

—

En la gloria poned vuestra esperanza,
y no os dejéis vencer por el desmayo.
¡La ruda bayoneta es una lanza
que produce la muerte como el rayo!

—

¡Atacad vigorosos! Vuestro empuje
tiene que ser feroz é incontrastable;
algo que pulverice, algo que estruje;
torrente asolador, tromba implacable.

—

Aunque huellas de sangre en el camino
señalen vuestros pies, y aunque rugiente
de las balas sintáis el torbellino
pasar abrasador junto á la frente,

—

ascendiendo seguid por la ladera,
fijas en el contrario las miradas,
en la ascensión sirviéndoos de escalera
de las rocas las puntas erizadas.

—

Y si del plomo la caricia horrible
sentís aguda, viva y penetrante,
no ceda vuestro ardor. Mientras posible
os sea estar en pie, ¡siempre adelante!

—

Rompiendo brezos y aplastando ortigas,
del monte al esparciros por la falda,
pareceréis ejército de hormigas
invadiendo un coloso de esmeralda.

—

No recordéis, en la feroz contienda,
de vuestros caros seres la memoria.
Pensad que á vuestro arrojo, como ofrenda,
nimbo de luz os ceñirá la gloria.

—

¡Se aproxima el instante, compañeros!
¡Sonreid á la muerte con sarcasmo!
¡Encienda vuestros rostros altaneros
la ráfaga febril del entusiasmo,

—

y aunque advirtáis que el cuerpo se desangre,
jamás el miedo con vosotros sea!
¡Bebed! ¡bebed, para encender la sangre,
ese licor que excita á la pelea!

*
* *

¡Aguardiente con pólvora, soldados!
¡Se necesita imprescindiblemente
para entrar en la lucha denodados,
con pólvora beber el aguardiente!



¡Nunca!

Hubo premeditación
en tu siniestra agresión;
lo ha confesado tu labio.
Mas si desprecio el agravio
no perdono la traición.

—

En la sombra me acechaste
y por la espalda me heriste;
mi santo amor calumniaste,
y sobre él acumulaste
todo el cieno que quisiste.

—

Unidos en tu venganza
fueron, repletos de furia,
á asesinar mi esperanza,
el odio con la asechanza
y la afrenta con la injuria.

—

Y tu pecho desleal,
al sentimiento clemente
cerrado con piedra y cal,
sobre la herida mortal
aplicó el hierro candente.

***

Alma desagradecida,
que por vengar un desdén
blandes el hierro homicida,
y arterá matas á quien
debes aun más que la vida:

—

inútil es que, postrada,
tu arrepentimiento llame
con triste voz angustiada
á mi piedad, enterrada
por tu alevosía infame.

—

Que hubo premeditación
en tu siniestra agresión;
lo ha confesado tu labio;
y si desprecio el agravio
no perdono la traición.



Miseria humana.

Después de razonar conmigo mismo,
deduzco, lleno de mortal tristeza,
que vence el corazón á la cabeza
y á la virtud domina el egoísmo.

Y cuanto más en mi abstracción me abismo
sigue, en la lucha de hórrida fiereza,
patentizando el cuerpo su flaqueza,
y el alma demostrando su cinismo.

Al verme presa vil de las pasiones,
quiero romper los férreos eslabones
de la cadena que me amarra al yugo;

mas del vicio la voz se alza potente
diciendo: ¡Soy el mal! ¡Vivo en tu mente!
¡Tu cadalso está en mí! ¡¡Plaza al verdugo!!



INRI

La triste humanidad gime angustiada,
y presa del dolor entre los lazos
vuelve á su Dios la vista fatigada.
        En el santo madero
        Cristo extiende los brazos:
        por su semblante austero
y dulce, que trastorna la agonía,
temblantes gotas de color rojizo
        deslízanse, y su fría
        frente como el granizo,
        cubre el sudor. Parece
que aquella excelsa y trágica figura
que con fulgor divino resplandece
del turbión sobre el fondo de negrura,
grita á la torpe humanidad impura
en el instante de morir: ¡PADECE!

—

El hombre tiembla y ora:
el dolor que en su seno
se alberga como víbora traidora,
sus miembros estremece.
Ve á su Dios enclavado
en la infamante cruz, de heridas lleno;
sabe que aun mucho más que su costado
su espíritu se encuentra alanceado
por una sucesión de ingratitudes
de influencia mortal como el veneno;
y al meditar, ahondando en su conciencia,
en la crucifixión ignominiosa
de aquella soberana Omnipotencia
que da por él su sangre generosa,
mira abrirse una sima tenebrosa
dentro de su alma exhausta de virtudes,
y siente con insólita violencia
desplomarse en su fondo el caudal muerto
de su valor moral y su energía,
como sobre la arena del desierto,
el águila que al astro desafía,
inerte se desploma al golpe cierto
de la traidora bala
con que la hiere el cazador experto
bajo el enorme pabellón del ala.

—

Entonces, sólo entonces
comprende que sufrir es su destino.
Su pecho, cual los bronces
duro, ablándase al miedo; ve el camino
lleno de sombras; el horrible drama
en su febril espíritu derrama
el frío del espanto; allá en la altura
oye una voz intensa y prepotente
que cae con el fragor con que en la hondura
desde la cumbre audaz cae el torrente,
voz que predice asolación y ruina,
y *entonces, sólo entonces* adivina
que el *inri* del dolor lleva en la frente.

—

¡El *inri* del dolor! Sí. ¡Eternamente
á sufrir condenado!
¡Sin esperanza alguna!
¡Prometeo á la roca encadenado!
¡Siervo vil del pecado!
¡Amador sin fortuna
de un ideal imposible!
¡Loco que intenta con afán risible
coger rayos de sol y haces de luna!
¡Siempre detrás de la gentil quimera!

¡Siempre en su duelo eterno
en pos de la florida primavera,
hollando las escarchas del invierno!
Soñador de opulencias y mendigo
sin pan y sin hogar! ¿Qué más castigo?

—

Así, en balumba ruda é incesante,
débil é incierto avanza,
fabricando anhelante
seductoras ficciones
y ejércitos de bellas ilusiones
que nunca conseguidas ver alcanza;
asido á la esperanza
como el náufrago al borde de la roca;
víctima de la suerte,
espejismo falaz que le provoca
con el delirio intenso;
fuerza galvanizada, pero inerte,
partícula que gira en el inmenso
cenáculo del mundo,
mirando siempre con pavor profundo
brillar sobre su lívida cabeza
la espada de la muerte,
formidable amenaza suspendida

sobre esa gran Babel que sufre y reza
esclava de la sombra y la tristeza,
y que es á un tiempo deísta y *deicida.*

—

Y en la eminente cumbre
del Calvario, enclavado en el madero,
rendido por la inmensa pesadumbre
del suplicio, abrazando al mundo entero,
muere Jesús, dejando como rastros
de su gloria, en la altura,
las lámparas divinas de los astros
que en conjunto armonioso
brotaron á su acento poderoso
de la caverna de la noche obscura,
mientras el *inri* de la cruz bendita,
resplandeciendo con fulgor de llama,
sobre la triste humanidad precita
sangrienta y torva irradiación derrama.



La última casa.

A Jacinto Puigdullés.

El constructor de ataúdes
uno fabricando está,
más fino, mejor labrado,
más bello que los demás.
En el amplio taller reina
un silencio sepulcral:
no se oye, como otros días,
del aprendiz el cantar,
alternando con el ruido
acompasado y tenaz
del martillo y de la sierra:
la tarde cayendo va;
el constructor de ataúdes
trabaja sin descansar.

—

Conmovido y taciturno
se le acerca el oficial
y le dice: – Estáis rendido.
Debéis reposo buscar,
maestro. Tenéis la fiebre
del insomnio, y vuestra faz
revela, bien á las claras,
el sufrimiento moral.
Yo acabaré. — No — prorrumpe
el maestro. — Terminar
quiero el féretro. Yo solo
debo hacerle.

***

Las tres dan
de la mañana. La lámpara
del día empieza á alumbrar.
Toca el término de aquella
hermosa noche estival.
De las aves, en las frondas,
se oye el gorjeo fugaz;
las flores tiemblan al roce
de las brisas al pasar,
y se estremecen al ósculo
del rocío matinal.

En su taller, que ilumina
una luz, moriente ya,
el constructor de ataúdes
trabaja sin descansar.

—

Ya se la llevan. La calle,
de curiosos llena está.
La preciosa niña, orgullo
y encanto de aquel hogar,
que alegraba de sus padres
la caduca ancianidad
como alegra un campo yermo
el floreciente rosal,
ha muerto. Sus ilusiones
todas á la tierra van
en el féretro metidas
que el cariño paternal
labró más fino, más pulcro,
más bello que los demás,
forrado de seda blanca
como la flor del azahar.

—

Los vecinos ven, sombríos,
del crepúsculo en la paz

melancólica y solemne,
el entierro desfilar.
Dentro de la casa, donde
vibra el eco funeral
de la plegaria mortuoria
que del cadáver detrás
reza el sacerdote, se oye
el doliente sollozar
de la pobre viejecita.
Rígido, inmóvil, glacial,
el constructor de ataúdes
los ojos secos, la faz
descolorida, en la puerta
permanece, y cuando va
el entierro, de la calle
despareciendo al final,
y el blanco féretro es sólo
punto leve, sin lanzar
una queja ni un gemido,
en brazos del oficial
se desploma. Así en la selva,
al golpe del huracán,
cercenada por su base
cae la encina secular.



Somnolencia.

Ya el sol de Julio quema valles y alcores
con luz de hoguera.
Ya se ven las cuadrillas de segadores
surcando el yermo rojo de la pradera.
Ya huyó la primavera;
la primavera, ¡mi único encanto!
con el gozo inefable de sus sonrisas,
su placidez hermosa, sus dulces brisas,
sus albas salpicadas de fresco llanto.
El asfixiante estío su ardiente lluvia
feroz desploma.
Envuelve la campiña sábana rubia;
no se oye el blando arrullo de la paloma.
Sobre la loma
no se detiene un punto la golondrina:
por el calor hinchada cruje la encina.
El azul fuerte y crudo del amplio cielo
me causa pena:



ni un pájaro le raya con tardo vuelo,
ni de la vaga nube le cubre el velo.
Hierve la tierra como candente arena,
y un vapor abrasado despide el suelo.
Nada turba ni altera la paz profunda
que el campo inunda.

La exuberante y fértil naturaleza,
sumergida en modorra lenta y pesada,
el esplendor oculta de su belleza,
del sol por el influjo narcotizada.
Y asombra ver, en medio del mar de fuego
que el infinito espacio sin tregua vierte,
el mundo que dormita con un sosiego
de catalepsia, imagen fiel de la muerte.

—

¡Oh luctuoso invierno, de mi alma hermano!
¡Esparce tus neblinas, tu grito lanza,
tus roncos vendavales desencadena!
Yo amo tu nieve lisa que alfombra el llano,
porque es hermosa y pura cual mi esperanza
y desolada y fría como mi pena.
¡Entolda de vapores la lontananza!
¡Borra la línea de oro del horizonte
que flamea en el soto é incendia el monte!

¡Del árido verano
que enerva y debilita, seca y abate,
la cerviz dura y roja huelle tu planta!
¡Tu cabeza de monstruo fiero levanta,
y haz que en el mudo espacio surja el combate!
Que mi espíritu, triste como tu bruma,
vibra en las implacables lides cruentas,
y prefiere, á la calma que nos abruma,
tu cabellera blanca como la espuma,
coronada de nubes y de tormentas.



Invitación.

Dolor sin consuelo
mi pecho desgarra.
Coge, amiga mía,
coge la guitarra,

—

y templa sus cuerdas,
y evoca esos sones
que el fondo comueven
de los corazones.

—

Colma mis anhelos,
gallarda morena,
hija seductora
de la Macarena.

—

y verás qué pronto
mi melancolía
destruyen los aires
de tu Andalucía.

*
* *

La tarde está en calma,
y el sol, muy despacio,
se hunde en el inmenso
volcán del espacio.

—

Pronto la floresta,
y el valle, y el río,
cubrirá la noche
con manto sombrío;

—

cesarán del mundo
los vagos rumores,
é irán sus corolas
cerrando las flores.

—

Es la hora solemne;
sublime el momento.
¡Deja que á raudales
brote el sentimiento!

—

Se extiende el crepúsculo:
la luna ya brilla.....
¡al mirarte creo
que estoy en Sevilla!

—

Oigo de sus auras
los cantos ligeros;
aspiro el perfume
de sus limoneros,

—

y mi alma traslúdase
á aquellos jardines
cuajados de rosas,
lirios y jazmines;

—

verjeles divinos
do sueñan amores
arroyos y brisas,
pájaros y flores;

—

edén de la tierra,
mansión de placeres,
y nido fragante
de hermosas mujeres.

*
* *

Ya tiende la noche
su trágico velo.
Mi pecho ataraza
dolor sin consuelo.

—

¡Por Dios no desoigas
mi ruego, alma mía!
¡Quiero escuchar aires
de tu Andalucía!

—

Coge la guitarra
y evoca esos sones
que llegan al fondo
de los corazones.

—

¡Colma mis anhelos,
gallarda morena,
hija seductora
de la Macarena!



SÍMBOLO

A D. Angel Salcedo.

En las marmóreas losas del pórtico de un templo
que el paso de los siglos ni trunca ni devasta,
que á la tormenta insulta y al rayo abofetea,
se ve una hermosa virgen orando arrodillada.
Su pura frente brilla con tenues resplandores,
serenos y argentinos como el fulgor del alba,
y sus rasgados ojos, henchidos de tristeza,
dirigen á la altura la luz tranquila y diáfana
de su mirada honda cual sideral abismo,
azul como los lagos bajo la tarde en calma.
Circunda su cabeza de palidez nardínea,
corona de luceros que vívidos irradian
entre las sombras densas en cuyo fondo obscuro
de su perfil angélico las líneas se destacan;
y de su cabellera, que los inmensos astros
doraron con las ígneas saetas de sus llamas,

las hebras refulgentes sobre su cuello ebúrneo
en mágico desorden se agolpan destrenzadas.

—

El cielo está cubierto de tenebrosas nubes;
del vendaval se escuchan rugir fieras las ráfagas;
el horizonte surcan relámpagos candentes;
desencadena el trueno su indómita arrogancia,
y todo en torno es noche: parece que el espanto
sobre el egregio templo tendió sus alas trágicas,
en su alredor sembrando los gérmenes malditos
de horror que en las cavernas engendran los fantasmas
que á la hora del crepúsculo comienzan á esparcirse
de los noruegos bosques por la extensión selvática.

—

Sin que el temor la asedíe, sin que le acose el miedo,
ajena al formidable fragor de la borrasca,
ahondando con la vista las luctuosas brumas,
la paz en el semblante, la mística plegaria
vibrando en el capullo de su rosada boca,
inmóvil con el firme reposo de la estatua
y envuelta bajo el velo de su cabello de oro,
que espléndido matiza su vestidura blanca,

aquella dulce núbil de juventud eterna,
en éxtasis divino pasar mira la rauda
carrera interminable del tiempo, derritiendo
el aromado incienso de la oración sagrada
en el pebete puro donde la fe se anida,
allá en lo más recóndito de la conciencia humana.

—

De cuando en cuando se oye vibrante clamoreo
como rumor de río que desbordado avanza,
y ante el marmóreo pórtico de la inmortal iglesia,
en irascibles olas las muchedumbres pasan
rugiendo maldicientes, la faz convulsa, el puño
alzado en son de ira, de injuria y de amenaza,
con el puñal enhiesto que brilla de la hoguera
á las sangrientas luces como una de sus ascuas.
Entonces la alba virgen contempla pensativa,
los ojos anegados por un raudal de lágrimas,
á las furiosas turbas que rugen, semejando
tropel de hircanos tigres y de panteras tártaras;
después torna á los cielos con ansia suplicante
los amorosos dardos de sus pupilas claras,
y en su actitud primera persiste, sumergida
en plácidos deliquios radiantes de esperanza.

—

Esta divina virgen de célica hermosura,
de corazón inmenso y espíritu de llama,
dulce como el encanto de las serenas noches
de estío en las risueñas florestas de la Alsacia,
es la Fe inmarchitable, la Fe augusta que libra
con el error eterno la secular batalla,
y que invencible siempre, sumirse ve en el polvo
innúmeras edades, generaciones varias,
mientras sobre las losas del pórtico del templo,
que el paso de los siglos ni trunca ni devasta,
que á la tormenta insulta y al rayo abofetea,
ofrece ella á los cielos su mística plegaria,
clavando en el espacio sus ojos fulgurantes
y azules cual los lagos bajo la tarde en calma,
envuelta bajo el velo de su cabello de oro
que espléndido matiza su vestidura blanca.



Humo.

En las sombras que obstruyen mi camino
brilla una vaga luz de cuando en cuando,
á cuyo resplandor voy fabricando
de fantasmas inmenso torbellino.

Con mis propias creaciones me fascino,
y en pos de aquel fulgor sigo avanzando
sin detenerme, sin cesar, marchando,
marchando siempre, siempre á mi destino.

Esclavo de la loca fantasía,
por verme libre de su lucha impía
torno á la realidad con rudo empeño,

y al punto mis espléndidas ficciones
se pierden de la bruma en los crespones
como se pierde el alma en el ensueño.



La canción de Roma.

(EL GLADIADOR)

Yo soy la bestia educada
en el mal, para el horror.
En la lucha encarnizada
pruebo el temple de mi espada
con indomable valor.

—

Es el circo mi elemento;
mi aspiración la victoria;
mi acicate el hondo y lento
clamor del pueblo sediento
de sangre; el triunfo mi gloria.

—

Rudo, inexorable y fuerte
mi brazo, que hiende y trunca,
encadenada la suerte
lleva audaz. No espero nunca
la llegada de la muerte.

—

En cien combates vencí.
Bajo el inmenso *velarium*
á infinitos héroes vi
cadáveres, ante mí
arrastrar al *spoliarium*.

—

Y jamás se me ocurrió
que donde los otros fueron
ir también pudiera yo.
Mil gladiadores cayeron
en mi presencia: yo no.

—

Mi recio cuerpo no muestra
de un rasguño la señal.
En la horrorosa palestra,
el hierro que arde en mi diestra
arroja dardo mortal.

—

Estoico recibo el fiero
asalto de mi enemigo;
evito el golpe certero;
vuelve á atacar; le fatigo,
y defendiéndome espero.

—

Cuando miro la ocasión
llegar, la rodela embrazo,
rujo de satisfacción,
yergo el busto, tiendo el brazo
y le parto el corazón.

—

Y es de ver con cuánto orgullo,
al finalizar el drama,
como entusiástico arrullo
oigo el inmenso murmullo
del pueblo rey que me aclama.

—

Y luego, en pos de renombres
insignes, y de placeres
sin comparación ni nombres,
la admiración de los hombres
y el amor de las mujeres.

—

¡Oh! Si un día el ciego acaso
empaña mi limpia historia
con la bruma del fracaso,
y el puro sol de mi gloria
halla en la muerte su ocaso,

—

mi cuerpo sobre la arena
caerá en graciosa postura,
y una mirada serena
brillará en mis ojos, llena
de arrogancia y de bravura.

—

Porque la bestia educada
en el mal, para el horror,
canta, al morir destrozada
en la lucha encarnizada,
la epopeya del valor.



CARIDAD

A través de tus lágrimas de gozo
tu sonrisa refulge,
cual un rayo de sol de primavera
á través de las nubes.
Te hace llorar la plácida alegría
que á tus pupilas sube
desde tu corazón. Así en el cielo,
al mandato de Dios la aurora surge.

—

Sobre la blanca sábana de nieve
que ayer tapizó el valle,
un encuentro tuviste. Un pobre niño
yacía casi exánime,
medio enterrado entre los gruesos copos:
de las bestias salvajes

los aullidos oíanse, y la noche
derramaba sus sombras insondables.

—

Llena de compasión, al tierno niño
levantaste en tus brazos;
las llamas de tu hogar y de tus besos
su sangre reanimaron,
y ahora duerme en la cuna, de tu egida
bondadosa al amparo,
con ese sueño con que en la alba noche
de estío en el pensil duermen los nardos.

—

Mira: su rubia cabecita de ángel,
al posarse en la almohada,
semeja nube que el poniente dora
sobre un cielo de nácar:
mira cómo sonríe... cuál balbuce
incoherentes palabras...
Es que el querub feliz de la inocencia,
con gorjeos de amor te da las gracias.

—

Serranita gentil de ojos de cielo:
        que Dios te guarde siempre
tan buena y tan piadosa, y que tu alma
        incólume conserve
el color virginal de aquellos copos
        que cubrían al débil
niño que ayer sacaste moribundo
del pálido regazo de la nieve.



La Virgen y tu nombre.

A María Martín.

Tienes, María, el nombre
dulce y sonoro
de la Reina del Cielo,
que tanto adoro;
que tanto adoro,
y á quien siempre dedico
cantos de oro.

—

Es tu nombre, María,
pomo de esencia
que amorosa derrama
la Providencia;
la Providencia,
en la obscura penumbra
de la conciencia.

—

Tu nombre es ¡oh María!,
consuelo santo
que calma los dolores
y enjuga el llanto;
y enjuga el llanto.
Al oirle, el infierno
tiembla de espanto.

—

Es tu nombre el poema
de la ternura,
la epopeya gigante
de la hermosura;
de la hermosura
inmaculada como
la nieve pura.

—

Tu nombre es el conjunto
de los rumores
que al cielo, en las praderas,
las gayas flores,
las gayas flores
elevan coronadas
de resplandores

—

Tu nombre es blanda ráfaga
llena de aroma,
el misterioso arrullo
de la paloma;
de la paloma
que á la luz vespertina
canta en la loma.

—

Es tu nombre el idilio
que entre la nube
de tonos sonrosados
alza el querube;
alza el querube;
himno que al almo Trono
plácido sube.

—

Tu nombre es la plegaria
pura que vuela
por el alma del triste,
que amor anhela;
que amor anhela,
cuando gime angustiado:
¡Maris Stella!

—

Y es tu nombre divino,
dulce María,
el nombre que en sus labios
siempre tenía;
siempre tenía
con amoroso anhelo,
la madre mía.

—

Por eso mi fe ardiente,
que no destruyo,
tanto adora ese nombre,
por ser el suyo;
por ser el suyo;
el de la Virgen. Luego.....
¡como es el tuyo!....

La derrota de Luzbel.

Del pecho envilecido de la Infamia
nacieron la Avaricia y la Calumnia;
riquezas apilando la primera,
mancillando decoros la segunda.
A la vez que estas larvas en el mundo
su virus infiltraban, de la obscura
inmensidad surgieron los espectros
trágicos de la Envidia y la Lujuria;
aquélla con el rostro demacrado,
la risa amarga y la mirada turbia,
y ésta lanzando ráfagas de incendio
de su pupila llamëante y lúbrica.
Y para complemento de los vicios
vino á engendrar la noche otras figuras
creadas en el báratro: la Ira,
cubierto el seco labio por espuma
lívida y roja; la procaz Soberbia,

envuelta en deslumbrante vestidura,
su desprecio arrojando sobre todos;
la degradada y repugnante Gula,
jamás ahita, y la Pereza torpe,
siempre inactiva, bostezando estúpida.
Satisfecho Luzbel sintió su orgullo,
y levantando la cabeza hirsuta,
clavó en el firmamento encapotado
una mirada tétrica y profunda
de desafío, mientras su hondo pecho
se hinchaba como la ola á impulsos de una
carcajada feroz que en el espacio
vibró con dejos de siniestra burla.
De repente, las sombras que cubrían
del ancho cielo la extensión obscura,
tiñéronse de vivos arreboles
que al reflejar en las cristianas cúpulas
arrancaron destellos de diamante
herido por el sol, y de la altura
viéronse descender siete querubes
de blanco rostro y cabellera rubia,
con nimbo de luceros en la frente
y al aire sueltas las flotantes túnicas,
que el astro rey, hundiéndose, besaba
con rayos de zafir, de oro y de púrpura.
Eran aquellos ángeles las siete

virtudes que del mundo á la balumba
bajaban derramando generosas
ricos dones de paz y de ventura,
para contrarrestar de los satánicos
vicios horribles la influencia inmunda.
Al ver Luzbel las célicas visiones
se desgarró la frente con las uñas,
relámpago fulmíneo ardió en sus ojos,
lanzó un rugido aterrador de furia
y cayó en el vacío. Desde el monte
así la catarata se derrumba.



Post nubilla.....

Dios, en sus bondades,
hoy colma mi suerte.
¡Dichosos mis ojos
que vuelven á verte!

—

Del mal ha pasado
la sombra importuna,
cual la negra nube
pasa por la luna.

—

Recobra tu rostro
su color perdido,
resurge en tus labios
el rojo encendido,

—

y de tus pupilas
en la lejanía,
fulgura, como antes,
rayo de alegría.

—

A mi pecho torna
la perdida calma,
y luz del Oriente
penetra en mi alma.



¡Oh, si tú supieras!....
¡He sufrido tanto
en aquellas noches
de fiebre y espanto!

—

La impresión penosa
de tu ausencia; el frío
que causa ver siempre
tu sitio vacío;

—

La mente, que en horas
de insomnio se puebla
de espectros que tienen
contornos de niebla;

—

el golpe monótono
que da el pensamiento
en el yunque horrible
del presentimiento;

—

no oir la armonía
de tu voz sonora,
himno de los bosques,
canto de la aurora;

—

y sobre este infierno
que aturde y derrumba,
la ansiedad pesando
cual losa de tumba.

* * *

Mas ya del peligro
cesó el fiero amago,
y se desvanece
del mal el estrago.

—

La niña á quien quiero
por buena y hermosa,
dejó de ser lirio,
tornando á ser rosa.

—

Dios devuelve al mundo
su más rica perla.
¡Dichosos mis ojos
que vuelven á verla!



Salutación.

¡Pasad, locas quimeras! Ya no existo.
Soy un sér que á otro mundo pertenece.
Mi espíritu abatido desfallece.
La lucha es sin cuartel. No la resisto.

Dame tu gran resignación ¡oh Cristo!,
esa virtud que el alma fortalece,
por ver si entre las sombras resplandece
el ideal que en conseguir persisto.

Mas ya es tarde, muy tarde. Airada sube
al firmamento trágica la nube,
del sol velando el fulgurante broche,

y lenta va apagándose mi vida.....
¡Oh muerte! ¡Oh muerte angusta! ¡Bienvenida
seas, pálida hermana de la noche!



Sepelio.

A D. Manuel Almeida.

Detrás del ataúd fuí silencioso,
mi pena reprimiendo,
pues el hombre que llora patentiza
su falta de valor, dicen los necios.
Era negra la tarde: espesa bruma
la inmensidad del cielo
envolvía cual fúnebre sudario:
en los arbustos sollozaba el viento.
Sólo yo acompañaba su cadáver.
Jamás se vió un entierro
lúgubre como aquél. Cuatro hombres rudos,
de repulsivo y miserable aspecto,
llevaban con glacial indiferencia
el enlutado féretro:
en pos iba mi sombra, destacando
su silueta, en el polvo amarillento
del camino, los flacos é intangibles
contornos del espectro.



Mis párpados pugnaban por cerrarse,
como abatidos por el duro peso
del dolor que en mis sienes percutía
con tenaz martilleo.
Dejamos á la izquierda los alcores
y los valles floridos y risueños
que fueron tantas veces el encanto
de sus ojos espléndidos,
y seguimos la senda, aquella senda
festoneada de árboles escuetos,
guardia de honor que, inmóvil siempre, mira
desfilar á los muertos.
Por fin llegamos: la fatal jornada,
la noche al descender, tocó á su término.
El campo santo, edificado sobre
un pedregal inmenso,
sus blanqueadas paredes extendía.
La campana vibró con golpes lentos.
El sacerdote, anciano de mirada
tranquila y rostro angélico,
rezando las plegarias funerales
se adelantó, y al resplandor incierto
de la moriente tarde, bajo el lívido
crepúsculo de invierno,
que empezaba á llover lágrimas frías,
empapando las alas de los euros,

de la tumba, ya abierta, la vi hundirse
en el obscuro hueco.
Después echaron tierra, mucha tierra;
tanta, que al recordarlo me estremezco.
El hoyo era profundo: había sitio
para otros cuatro cuerpos
del suyo encima. Cuando ya la fosa
quedó al nivel del suelo,
sobre ella de la Cruz el signo amante
clavó el sepulturero.

***

Desde entonces arrastro por el mundo
la ruin materia en galvanismo eterno.
Si invoco al alma, el alma no responde;
si llamo al corazón, nunca lo encuentro;
¡y es que alma y corazón con su cadáver
duermen bajo una cruz del cementerio!



HERALDO

Esta mañana, en mi rostro
he sorprendido una arruga
que de la mejilla parte
y la sien izquierda surca;
línea apenas perceptible,
pero que señala una
raya en la tez, que me llena
de inquietud vaga y profunda.

—

Esa oblicua prolongada
que mis dulces sueños turba
y que, inexorable, el término
de mi juventud acusa,
¿de qué nació? ¿dónde tuvo
su origen? ¿qué desventuras
tan grandes han sacudido
el alma para que surja

esa señal, nuncio triste
de las homéricas luchas
de la vida? ¿qué dolores,
qué sobrehumanas angustias
la formaron? Allá lejos,
la perspectiva confusa
del pasado, flota siempre
entre un pabellón de brumas.
No quiero ahondar en el fondo
incierto de la penumbra,
por no despertar memorias
que el espíritu conturban;
mas sé que el destino ciego
allí ha templado la aguda
espada que tantas veces
me hirió en la pelea obscura
donde héroes innumerables,
vencidos hallan su tumba.

—

Cuando contemplo la raya
que mi sien izquierda cruza,
experimento una especie
de orgullo que me subyuga,
una altivez fría y grave
que irradia en mi frente mustia,

y digo: ¡Bendito seas,
signo externo, que denuncias
la gran victoria del alma
sobre las pasiones! ¡Hurra,
sombrío heraldo, producto
de las grandes amarguras
en lo profundo del pecho
tan largos años ocultas!
¡Tú eres el triunfo logrado
por el dolor!

***

Tibia y húmeda
roza mi faz una brisa
de deliciosa frescura.
Levanto la frente. Sigo
mi viaje. La luz confusa
de un crepúsculo violáceo
sobre el mundo se derrumba.
Todo inmóvil calla. Todo
triste está bajo la muda
extensión del firmamento
que los nublados enlutan.



Tránsito.

Como rayo de sol que se apaga
tras nubes plomizas,
se cerraron los ojos radiantes
de la pobre niña.
A su rostro, tan dulce y tan lindo,
de la muerte asomaron las tintas;
un suspiro brotó de su pecho
con honda agonía,
y sonriendo, abrazada á su padre,
se quedó para siempre dormida.

—

No llegaron las larvas del mundo
á manchar su pureza virgínea.
Era un astro naciente, y los astros
en la altura magníficos brillan.

Su luz en la tierra
se empaña y se entibia,
y por eso aquel bello lucero
dejó la honda sima
para unirse á las fúlgidas flores
que el cielo matizan,
y aumentar el encanto y la vaga
placidez de las noches tranquilas.

—

Su existencia fué un sueño, una nube
que apenas formada los vientos disipan,
un color esplendente que pasa
á través del prisma,
una especie de ráfaga tenue,
algo así como soplo de brisa,
la idea cruzando la mente del genio,
la esperanza gentil que fascina,
una de esas visiones hermosas
que el vate idealiza,
un hilo de luna rasgando el nublado
y volviendo á esconderse en seguida.

—

Su pequeño cerebro amasaba
nobles pensamientos: sus hondas pupilas
eran focos de luz do esplendente
la grandeza de un alma infinita
brillaba; alma inmensa cautiva en un cuerpo
de seis primaveras; su voz parecía
una estrofa de amor, y su frente
grave, amplia y tranquila,
acusando el precoz desarrollo
de una llama muy pronto encendida,
era un lirio más puro que aquellos
que en los valles frondosos se crían.

—

Por instinto su espíritu noble
santo culto á lo excelso rendía:
su infantil corazón encerraba
las ingenuas ternuras sencillas
que subyugan y atraen. No es posible
que la pluma impotente describa
ciertas cosas abstractas que pasan
ante el hombre. Para él son enigmas
el océano lo mismo que el cielo.
La mirada más honda y perspicua,

el misterio de algunas grandezas
sondar no podría.
Lo ideal y lo inmenso no acaban
jamás ni principian.
Se interroga al amor y á la noche:
da el silencio respuestas sombrías.

***

El hogar un desierto semeja.
La pálida niña
de alma soñadora, de frente de lirio
y obscuras pupilas,
en sus labios sintió de la muerte
la helada caricia,
y sonriendo, abrazada á su padre,
se quedó para siempre dormida.



Lo inmutable.

Busquemos en los prados florecientes,
en las riscosas cumbres eminentes,
en la avalancha audaz de los torrentes,
la belleza inmortal.
Busquemos en los valles perfumados,
en los sotos de césped tapizados,
en los sombríos bosques apartados,
su trascendente esencia virginal.

—

Auscultemos las noches estrelladas
con la sonda de luz de las miradas;
en las profundidades ignoradas
busquémosla también;



y encontraremos su sin par grandeza
lo mismo en la feraz naturaleza
que en el azul espacio, donde empieza
el vestíbulo de oro del Edén.

—

Allí está palpitante y amorosa,
mostrándose encendida y ruborosa,
ya en el capullo de la casta rosa,
ya en la frente de luz
del astro que, radiante de hermosura,
vierte desde la cima de la altura
su vago resplandor de perla pura
arrancada á los senos del Ormuz.

—

Vibra su imagen intangible y leda
en el rayo de sol que en la arboleda
se filtra; en la tormenta que remeda
rumor de infierno en convulsión febril;

del transparente río en los cristales,
de la selva en los anchos robledales,
en los claros fecundos manantiales,
los hiele Enero ó los desate Abril.

—

No la hallaremos nunca en obra humana.
La belleza perfecta y soberana
que el hombre ansioso en realizar se afana,
sólo vive en la augusta creación.
Ante ella el nombre que el mortal conquista,
la gran gloria del sabio y del artista,
ráfaga pasajera, rota arista,
sueños de sueños y tinieblas son.



Ojos negros.

A Mariana Salvador.

Por mi conciencia honrada
jurarte puedo,
Mariana, que tus ojos
me imponen miedo;
porque son tus pupilas
grandes y negras,
con cuyos resplandores
todo lo alegras,
exactamente iguales
á las que un día
en un verjel frondoso
de Andalucía
dejaron en mi alma
surcos abiertos
donde alientan amores
siempre despiertos.

—



Pero aparte dejando
cosas pasadas,
que por lo tristes deben
ser olvidadas,
te digo que tus ojos,
que admiro tanto,
más que miedo me inspiran
profundo espanto;
pues por el fondo de esas
constelaciones
que vibran esplendentes
fulguraciones,
veo pasar á veces,
tenues y vagos,
cual reflejos de luna
sobre los lagos,
espejismos brillantes
de poesía,
mas henchidos de intensa
melancolía;
visiones impregnadas
de hondo misterio,
que tienen la tristeza
del cementerio;
errantes fuegos fatuos
de tintas de oro,

leves como la estela
del meteoro,
que fueron ilusiones
inmaculadas
de espíritus amantes,
que sepultadas
yacen en tus hermosas
pupilas negras,
con cuyos resplandores
todo lo alegras.

—

Y como en este mundo,
por ser esclavo
del mal, en ciertas lides
cae el más bravo,
y como son tus ojos
un mar sin calma
donde muy fácilmente
naufraga el alma,
siempre que recordando
viejos amores
rezo á la dulce Virgen
de los Dolores,

así concluyo: ¡Oh, Madre,
de gracia llena!
¡Líbrame de los ojos
de esa morena!



La pesca.

Del golpe al remo, la onda diamantina
se quiebra, y salta de su seno undoso
un torrente de gotas luminoso,
coronado de espuma cristalina.

La refulgente aurora se avecina,
y el viento, con suspiro cadencioso,
roza del mar el seno esplendoroso,
como el alga la frente de la ondina.

La barca pescadora la red tiende:
del sol la roja luz las olas hiende;
la red se cierra, y como vivas flores

ve en su fondo agitarse el marinero
en ruda convulsión, todo un vivero
de fulgurantes peces de colores.



EL ÍDOLO

Hace treinta y dos años que mis ojos
se abrieron de la luz al claro albor,
y quince llevo con anhelo ardiente
amando á una fantástica visión.

—

El rostro tiene del color del nardo;
es su pupila dulce y celestial;
son doradas sus trenzas, y su boca
despide la fragancia del azahar.

—

Persigo siempre su adorada imagen
con el tenaz delirio de mi fe,
y nunca entre mis brazos el fantasma
impalpable y sutil logro coger.

—

Allá á lo lejos, entre bruma densa,
su figura ideal veo surgir
como surge la náyade del río,
flotante, aérea, lánguida y gentil.

—

Hacia ella avanzo con febril impulso,
envuelto de la niebla entre el capuz,
y al llegar, la ilusión se desvanece
cual de la nube el vaporoso tul.

—

Y vuelvo á verla en el confín lejano
del horizonte, espléndida otra vez,
y silencioso, la pesada marcha
con incansable ardor vuelvo á emprender.

—

Como el viajero que el desierto cruza,
por la sed abrasado cree mirar
hermoso lago de serenas ondas
en el ígneo confín del arenal,

—

y redoblando sus esfuerzos corre,
y luego se disipa su ilusión
al ver que el puro y transparente lago
era un efecto de la luz del sol;

—

así voy loco y desolado amante,
siempre detrás de la celeste hurí,
sin poder estrechar su cuerpo airoso,
conjunto de amapola y de jazmín.

—

¡Oh beldad que en el mundo de mis sueños
veo constantemente aparecer,
pálida como el rayo de la luna,
dulce como la esencia de la miel!

—

¡Mezcla de rosa y lirio! ¡Hada divina!
¡Célica virgen de radiante faz!
Ven á mis brazos para siempre, ¡oh santo
amor de mis amores! ¡¡Oh ideal!!



Un guitarra.

A José Suay.

Cuando tus dedos, pulsando
de la guitarra las cuerdas,
el aire inundan de notas
que delicadas y trémulas
parecen blando murmullo
de la brisa en la arboleda,
trinos de aves, dulces ruegos,
apasionadas endechas,
idilios de amor sublime,
cantos de la primavera,
rumor de arroyos y besos
de rosas en la floresta,
mi corazón entusiasta
palpita con la vehemencia
del sentimiento que el arte
en él infunde y despierta.

Como del mar en el fondo
duermen las nítidas perlas,
así en tu guitarra duermen
las infinitas cadencias
que alza sin cesar la lira
de la gran Naturaleza.
Conciertos de la mañana,
ecos de la tarde yerta,
canciones del Mediodía
y suspiros de la siesta,
todo en tu guitarra tiene
interpretación perfecta,
cuando tu mano de músico,
febril abates sobre ella.
Y si evocas, en el colmo
de la inspiración excelsa,
los populares arpegios
de la *Jota aragonesa*,
los aires tristes y hermosos
de la sevillana tierra,
ó los rotundos acordes
de la *Marcha* de *El Profeta,*
el espíritu transportas
á las regiones etéreas,
en cuyos hondos abismos
y en varia indistinta mezcla

se dan un ósculo céfiros,
nubes y rayos de estrellas.

—

Sólo una vez he tenido
de oirte la dicha inmensa;
mas en el fondo de mi alma
aún repercuten y tiemblan
las flexibles vibraciones
evocadas por tu diestra
aquella noche de Mayo
en el verjel de Valencia;
¡tan dulces, tan penetrantes,
tan armoniosas, tan tiernas!



Recuerdo.

A.....

Temo más á tu voz, que dulce suena,
que al estruendo del mundo maldiciente.
LORD BYRON *(A Augusta)*.

Miedo me inspira tu hermosura egregia
y fría como el mármol.
Eres temible para mí. Tus ojos,
do las albas de Mayo
henchidas de armonías y de aromas
sus tonos reflejaron,
son profundos abismos que el espíritu
del hombre, siempre esclavo,
atraen con su mirada poderosa,
radiante hilo imantado
que con fulgores nítidos de perlas
forjó el amor infausto
en un acceso de feroz orgullo,
defecto digno de tan gran tirano.

—

Eres temible para mí. En tu rostro
vibra un plácido encanto
irresistible; seducción que el alma
sumerge en el letargo
de las deslumbradoras fantasías
y los sueños extáticos.
Tu correcto perfil, donde se mezclan
líneas, curvas y rasgos
de Friné y de Cleopatra; tu cabello,
obscuro como el antro,
y la esbeltez de tu armonioso talle,
me recuerdan los cuadros
en que sus dulces vírgenes divinas
eternizó Macaccio.
Tu tez tiene su clara transparencia,
su suave color pálido,
y todo acusa en ti la gran nostalgia,
honda como el arcano,
que da relieve á aquellas creaciones,
del arte glorias y del mundo pasmo.

—

Eres temible para mí. Tu acento
posee el dejo vago

de los murmullos que en las blancas noches
del árido verano
exhalan las florestas y los valles,
las selvas y los lagos.
Como hiere el florete, sin que asome
la sangre en el pinchazo,
así tu acento musical mi espíritu
hiere convulsionándolo,
sin que acusen mi rostro las diversas
impresiones del ánimo.
Temo á tu voz como á la voz de Augusta
temía el triste y dolorido Byron (1).

—

Eres temible para mí ¡oh hermosa
estatua de alabastro!
En tu severa majestad de reina,
en el matiz helado
que inunda tu semblante, en la mirada
de los divinos astros
de tus pupilas, en la amarga curva
de tus amantes labios

(1) Léase Bairon.

donde puso Falerno el dulce néctar
de sus fecundos pámpanos
y los sabrosos dátiles de Arabia
su jugo regalado,
se adivina el dolor, que me seduce
sólo por ser dolor. ¡Misterio extraño!

—

Eres temible para mí. Aunque tengo
el corazón blindado
con armadura férrea que le cubre
como al guerrero el casco,
la única vez que tu gentil belleza
pasó, vivo relámpago,
ante mí, cual el rayo de la luna
que dividiendo el caos
de la tormenta resplandece un punto,
la tierra iluminando,
para después volver á sepultarse
tras el haz del nublado,
mis entrañas sentí invadir el frío
agudo del espanto;
pero pasó el peligro, y ya repuesto
del pasional espasmo,

te quiero consagrar una memoria,
        por si en este Calvario
inexorable de la vida, nunca
        volvemos á encontrarnos;
un recuerdo no más, dulce y tranquilo,
        que con fulgor fantástico
iluminan la aurora de tus ojos,
tu placidez serena como el lago,
tu tristeza profunda cual mis penas,
y tu hermosura fría como el mármol.



A la Religión.

En vano el odio audaz que se agiganta,
sus fúnebres vestiglos
impulsa contra ti. Tu augusta planta
huella serena y fuerte
el devastado rostro de los siglos,
vencedora del dolo y de la muerte,
y tus puras doctrinas,
condensadas en máximas divinas,
se esparcen por los ámbitos del mundo,
penetrando lo mismo en la cabaña
que en el regio palacio,
como la aurora en golfos de topacio
vierte su rayo espléndido y fecundo,
por igual alumbrando la montaña
de cumbre majestuosa,
que del valle profundo
la soledad desierta y silenciosa.

—

En la ruda pelea
con que te acosa el enemigo bando,
tú marchas adelante,
coronada la sien de luz febea
y lauro fulgurante,
tu ideal apoyando
en el emblema de la Cruz divino,
símbolo del Amor y la Justicia,
que alumbran tu camino;
con tu sublime Código anunciando
eterna bienandanza;
en tu dulce caricia
los rugidos ahogando
del rencor, la lujuria y la codicia,
y al calor de tus besos engendrando
la serena templanza,
la caridad, con que al inerme acudes,
y todas las virtudes
que alientan en la Fe y en la Esperanza.

—

La muchedumbre ciega
que tus verdades sacrosantas niega,
¿adónde va? ¿qué vértigo la empuja?
¿qué pretende en su horrible desvarío?

¿por qué tu enseña soberana estruja
entre sus brazos el error impío?
¿por qué con loco anhelo
intenta de tu solio derribarte,
ver ansiando en jirones por el suelo
el invicto estandarte
que tantas veces, para tu alma gloria,
llevó á enormes legiones
compuestas de esforzados campeones,
á la cumbre inmortal de la victoria?
El afán de saber, la duda eterna,
desamarran la ira
de la infernal galerna
que en torno tuyo gira
sin vencerte jamás ni amedrentarte.
Tu insumergible barca poderosa
lleva en su excelsa frente luminosa
el nombre de Jesús por baluarte,
y nada contra ella
pueden la ronca furia del Oceano
salvaje, ni el insano
soplo del huracán, ni la centella.

En vano, siempre en vano,
sobre ti se desata
la negra catarata
de la impiedad que el corazón perturba;
y el fiero encono de la infame turba
pasa ante ti sombrío,
como la onda de un río
que la lluvia engrosó, sin que siquiera
sus obscuros raudales
logren manchar tus alas virginales
cual capullos que abrió la primavera
al beso de las auras matinales.
Tú, al par tan amorosa como austera,
impávida prosigues tu carrera
triunfal cual la del sol, sin que la envidia
ni la calumnia ruin contigo en lidia,
ciñéndote el tormento del cilicio,
ahoguen con dentelladas de perfidia
tu abnegación rayana en sacrificio;
y anatemas inicuos despreciando
y torpes maldiciones,
con cadenas de amor vas enlazando
todos los corazones,
y la Cruz abrazando,
respondiendo á celestes vibraciones,
el perdón implorando

de la ralea odiosa
que indigno ultraje sin cesar te infiere,
como el árbol de savia generosa
aromatiza el hacha que le hiere.



NOCTURNO

IMITACIÓN DE VOGL

Llamé á un alcázar silencioso y frío,
osario de la dicha y el hastío.

—

Á poco, rudo, trágico, impasible,
abrió la férrea puerta un hombre horrible.

—

— ¿Qué quieres? — preguntó con voz helada —
— Quiero el sepulcro ver de mi adorada. —

—

— Ven conmigo. — Mi guía á andar echó.
Febricitante mi alma le siguió.

—

Atravesamos patios solitarios,
henchidos de ornamentos cinerarios.

—

Cubría el cielo luctuosa alfombra:
los sauces sollozaban en la sombra.

—

El viento, en aquel sitio, nauseabundo,
modulaba el gemir de un moribundo.

—

Cruzamos de la noche entre el misterio
la yerta soledad del cementerio.

—

De pronto se paró bajo un ciprés
mi horrible guía, y exclamó: "Aquí es."

—

Y mostróme una tumba, en cuya losa
grabado estaba el nombre de mi hermosa.

—

Al mirar su mezquina sepultura,
la ola sentí crecer de mi amargura;

—

y cogiendo iracundo de la mano
al espantoso enterrador: — ¡Villano! —

—

le dije: — ¡Mientes! la que amó mi pecho
yacer no puede en hoyo tan estrecho.

—

¿Cómo ese hueco ruin ha de encerrar
una pasión inmensa como el mar?



LENITIVO.

Ya, vanidad, te encuentras satisfecha:
ya, orgullo, en triunfo tu pendón levantas:
ya, soberbia, aherrojada ante tus plantas
la sublime humildad miras maltrecha:

ya, traición, logras ver pedazos hecha
la lealtad de las conciencias santas;
ya, dolo, el himno vengativo cantas
y al odio aplicas la encendida mecha.

Orgullo, vanidad, traición y dolo,
sembrando el frío aterrador del polo,
pasean sus infamias por el suelo;

mas áun existen grandes corazones,
y envueltos en perfume de oraciones
hálitos de virtud suben al cielo.



Muertos del alma.

A D. Juan Antonio Cavestany, insigne poeta.

En el bosque del Olvido
una noche penetré.
El cielo estaba sereno,
y de la luna el broquel
sobre el azul refulgía
con soberbia esplendidez.

—

Envuelto entre la penumbra
formada por el dosel
de los árboles, y hollando
ramas de tilo y ciprés,
abstraído en mi profunda
meditación, avancé.

—

De pronto una ninfa, pálida
como los lirios de Fez,
surgiendo grácil y aérea
de la espesura á través,
su brazo enlazó á mi brazo
y dijo amorosa: "¡Ven!"

—

No sé cómo, en un momento
transportado me encontré
á la otra orilla del bosque.
Gemía el viento. A mis pies
hervía un mar, cuyas olas
huían con rapidez.

—

Sobre las aguas flotaban,
en tumultuoso vaivén,
cartas y trenzas y restos
de flores marchitas, que
producían un murmullo
de armoniosa languidez.

—

La ninfa, en silencio, hundía
su mirada en el tropel
de aquellas prendas de amores,
muertos unos al nacer,
y helados otros al soplo
del hastío ó del desdén.

—

Yo pensaba. De repente
una punzada cruel
sentí taladrar mi cráneo,
y marmórea palidez
cubrió mi faz. Parecía
estatua todo mi sér.

—

Sobre las ondas ligeras
se deslizaba un bajel,
conduciendo el grupo amante
de un galán y una mujer,
cuyas pupilas brillaban
con luminosa embriaguez.

—

Iban en dulce coloquio
hablando no sé de qué;
mas sus manos estrechábanse,
y en rapto de placidez
se contemplaban ansiosos,
extáticos de placer.

—

Era ella. Pasó el esquife.
A mi alrededor miré.
La hija del bosque, amorosa,
ofreciéndome el sostén
de sus brazos, semejaba
la Piedad.

***

Me desplomé.

—

Y mientras sentía un beso
de paz posarse en mi sien,
confusamente á mi oído
llegó esta canción de hiel,
que las selváticas ninfas
entonaban á la vez,

con una voz semejante
al sollozar del ciprés:
"El amor es mariposa
siempre inquieta, siempre infiel.
¡Desgraciado del que fía
en palabras de mujer!„



Amor doble.

Yo estoy enamorado de dos mujeres.
Hay en la vida casos extraordinarios,
y éste, lectores míos, es uno de ellos.
Me asesinan de Laura los ojos garzos,
y las negras pupilas de Genoveva
me abrasan con la lumbre de sus relámpagos.
Las dos me vuelven loco, pues atesoran
las dos bellos hechizos, dulces encantos;
y aunque ambas hermosuras son diferentes,
cada una por su estilo mi alma exaltaron
encendiendo en mi pecho la viva llama
que la erupción arroja del entusiasmo.
Laura es blanca: su pelo fino y flexible
como la seda, tiene tonos castaños;
su frente es una entrada del paraíso;
resplandece en sus ojos la luz de Mayo,
y en su boca se encierran, tras dos claveles,
dientes que pedacitos son de alabastro.



Es pudorosa, dulce, modesta, digna,
callada y misteriosa como el arcano.
Genoveva es morena; sus ojos negros,
como el sol del estío despiden rayos,
y negro es su cabello cual la cadena
infamante que arrastran los presidiarios;
en su espaciosa frente brilla la audacia,
rosas provocativas tiene por labios,
y es decidora, alegre, necia, coqueta,
superficial y vana. ¡Ráfaga y lampo!
Las dos en mi alma ejercen tan gran influjo,
que ni un día siquiera sin verlas paso,
y aunque polos opuestos, á su coyunda
mi voluntad amarran. ¡Poder extraño!
Si no contemplo el rostro triste de Laura,
siento invadir mi pecho glacial marasmo,
y si la faz riente de Genoveva
no admiro, me parece todo inundado
por una nube espesa cual humo denso,
por una sombra negra como el basalto.
Las dos amor me inspiran, y este amor doble,
en mi espíritu engendra vientos contrarios
que rugen y batallan como las olas
en medio del abismo del Oceano.
No quiero la existencia sin Genoveva,
y sin Laura la horrible vida rechazo.

Sin la una y sin la otra no me es posible
atravesar del mundo los yertos páramos.
Necesito me abrasen siempre radiosas,
impregnadas en fuego, llenas de encanto,
las obscuras pupilas de Genoveva,
que cual el sol de estío despiden rayos,
y que siempre me alumbren con sus fulgores
amorosos, tranquilos, dulces y plácidos
como las ilusiones que están naciendo,
de la pálida Laura los ojos garzos.



Remembranza

DE UNA TARDE DE INVIERNO EN LA COSTA

Era aquella tarde
de horror y agonía,
triste cual la bruma
que nos envolvía.
¿Te acuerdas? El viento
con furia bravía
sobre los peñascos
ingentes rompía,
y bajo nosotros,
allá en la honda y fría
base del abismo,
el mar retorcía
el dorso, escupiendo

su estrofa sombría
á la parda bruma
que nos envolvía.

—

De pronto exhalaste
un grito angustiado.
Hacia las rompientes
del acantilado,
como por terrible
vértigo arrastrado,
un buque avanzaba,
ya desarbolado,
á las bramadoras
rachas entregado,
juguete del monstruo,
que hosco y erizado
la mole impelía
del casco blindado
contra los peñones
del acantilado.

—

Fué corta la escena,
terrible el momento
en que impetüosa
ráfaga de viento
lanzó el barco inerme
sobre el firme asiento
de las rocas negras
como el firmamento.
Después..... tablas náufragas;
hombres sin aliento
flotando en la espuma
del rudo elemento;
su rumor salvaje,
y el triste lamento
de las mugidoras
ráfagas de viento.

—

Desde aquella tarde
de brumas vestida,
cuando el sol esconde
su frente encendida
del mar en la verde
raya indefinida,

tú rezas por ellos,
alma de mi vida;
por los pobres náufragos
de la nave hendida,
que de luz y sueños
con el alma henchida,
vieron tantas veces
en la onda dormida
hundirse del astro
la frente encendida.



Fiat lux.

—

¡Inexorable Dios de las justicias,
que escuchas mi oración!
Da reposo á mi mente, luz á mi alma,
paz á mi corazón.

—

Tú, que el cielo serenas; Tú, que domas
la cólera del mar,
la hoguera ardiente apaga que mi pecho
calcina sin cesar.

—

Rasga la densa bruma que obscurece
mi cerebro febril,
y derrama en mi sangre empobrecida
la savia del Abril.

—

Haz que mi juventud brille radiante,
mi yerta juventud
sin entusiasmo, sin placer, sin sueños
de gloria ni virtud.

—

El golpe de martillo, sordo y lento,
que la vil tentación
da en la cabeza, en las entrañas vibra
con ruda percusión.

—

Y es tan dulce el pecado, es tan hermoso,
brilla de modo tal,
que ante su seducción se desmorona
la energía moral.

—

¿Cuál es aquel espíritu de acero
que sin jamás ceder
resistió la asechanza de los vicios,
bastardos del placer?

—

¿Cuál es el alma incólume que, fuerte,
victoriosa salir
logró de sus batallas, al deseo
sabiendo resistir?

—

¿Cuál es el corazón que ardiendo en ira,
á impulsos no latió
de la fiera venganza? ¿Cuál el justo
que nunca delinquió?

—

Hubo en los siglos uno, uno tan sólo;
mas ¡ay! el Justo aquel
venía de los Cielos, era el Hijo
divino de Israel;

—

y el hombre, que en el tiempo es siempre el mismo,
viene del lodo ¡ay Dios!
y, pues viene del lodo, ciego marcha
siempre del lodo en pos.

—

Todo lo que se mueve, cuanto existe
bajo el Cielo inmortal,
siente en el algo inmenso que le anima,
la tentación del mal.

—

Y en lucha con el monstruo abominable
que le asedia cruel,
es su vida un brebaje de cicuta,
beleño, sangre y hiel.

—

Entre el vapor espeso de este caos
que flota sobre mí,
con anhelo mis manos suplicantes,
Señor, tiendo hacia Ti.

—

¡Calma mi pecho; mi razón serena;
destruye este capuz!
¡Ilumina las sombras de mi alma
con rayos de tu luz!



EL SAPO

A Rafael Aguado y Salaverri.

Es lo horrible, lo deforme
que se arrastra por el suelo;
el hijo de la inmundicia,
de la cloaca el engendro,
el ruin producto del lodo,
viscoso, estúpido, abyecto,
entusiasta de la sombra,
que sólo se halla en su centro
cuando en la sucia hondonada
de su lóbrego agujero
aspira de la podrida
tierra el aire húmedo y fétido.

Miradle: al vibrar sus rayos
el puro sol del invierno,
él sale de su escondrijo
como de la peña el cuervo.
Sus negras patas desliza
sobre el barrizal infecto,
lanzando el ronco *¡crac!,* agria
voz de su gaznate estrecho,
é indolente permanece
mostrando el informe cuerpo
á la luz que le abrillanta
con auríferos reflejos,
como si dorar quisiera
en el ascua de aquel fuego
la monstruosidad extraña
de sus repulsivos miembros.

—

Muchas veces he pensado,
al ver al sapo, en silencio,
con sus ojos reventones
contemplando el firmamento:
"Quizá la densa y profunda
noche de su instinto espeso

se rasga á trozos, y siente
en su nostálgico anhelo
de bestia y reptil, el ansia
de algo grande, de algo inmenso,
al ver él, el vil esclavo
de las negruras del cieno,
las tenues nubes que flotan
en los abismos etéreos,
el raso resplandeciente
de los espacios sin término,
y la alondra, que elevando
tranquila y plácida el vuelo,
entona su himno brillante
junto á los pies del Eterno."



DESISTE

No pretendas saber qué convulsiones
extrañas para siempre han arruinado
un corazón, si débil, no malvado,
que aún vibra al huracán de las pasiones.

No intentes despertar las ilusiones
que duermen en la tumba del pasado;
no quieras penetrar en el airado
ciclo de estos tremendos aquilones.

Eleva la mirada al infinito,
donde con astros la Verdad Suprema
el nombre secular de Dios ha escrito.

Bajo las nubes flota el anatema,
rugen los odios, y Caín precito
del humano dolor labra el poema.



Ruego.

Todos, Señor, reposan en la tumba.
Todos los que yo amaba
duermen sueño sin término á la sombra
de tu Cruz sacrosanta.
Todos huyeron. Todos
me abandonaron á la noche aciaga
del desconsuelo y el dolor, cadenas
que forjó la desgracia
en el terrible yunque del martirio
para probar el temple de las almas.

—

Todós, unos tras otros,
cayeron en la sima inexplorada
donde sombra y silencio
imperan cual omnímodos monarcas.

Mi padre venerado,
mi madre idolatrada,
la que amorosa y buena
iluminó los días de mi infancia
con la luz de la fe; la hermosa niña
de ojos resplandecientes como el alba,
obscura cabellera y voz tan dulce
que cuando ella cantaba
los pájaros su vuelo detenían
en el radiante azul para escucharla;
los tiernos protectores,
los amigos del alma
partieron para siempre. Solo y triste
quedé como la planta
que en incendiado bosque
sale por un acaso respetada
del feroz elemento
cuyas lenguas de llama
sus flores y sus árboles trocaron
en ceniza que el viento desparrama.

***

Pero tú lo quisiste.
Tu voluntad excelsa y soberana

llamó á tu seno á aquellos
seres queridos que cual sombras vagas
pasaron por el mundo.
Yo respeto tus santas
decisiones. Tus fallos
son para mí sentencias venerandas.
Acato tus designios;
y cuando allá en mis soledades habla
con el dolor mi corazón enfermo,
doblo la frente pálida
y juzgo que los dardos
que el pecho me traspasan
no son sino destellos evidentes
de tu justicia airada,
y bendigo el castigo que me envías,
porque el castigo purifica y salva.

—

Mas escucha, Dios mío,
la súplica que envuelta en mi plegaria
te dirige un espíritu entoldado
por el negro crespón de la nostalgia:
Cuando el siniestro arcángel de la muerte
entorne mis pupilas fatigadas

y coagule la sangre en mis arterias
y congele el aliento en mi garganta,
acuerdate, Señor, de este calvario
que voy subiendo con penosa marcha,
¡y llévame á la gloria donde brillan
los seres que yo amaba!



Bruma.

En las obscuras hojas
de un pensamiento
una frase grabaste
que siempre veo
flotar en mis vigilias
y mis ensueños,
brillando con el puro
fulgor sereno
con que á través del manto
confuso y denso
de la noche nublada
brilla el lucero.

—

Mas ¡ay, hermosa niña!
que siempre llevo
la sierpe de la duda
dentro del pecho,

y su mordisco infame
sin tregua siento
vibrar con percusiones
de martilleo
en las fibras más hondas
de mi cerebro.
No es posible al influjo
del monstruo horrendo
substraerse. La duda
guarda el misterio,
y el misterio es á veces
grave y siniestro,
cual todo lo que esconde
bajo su inmenso
capuz el implacable
destino ciego.

—

Ante la hermosa frase
llena de tierno
cariño, que en las hojas
del pensamiento
grabaste, horas profundas
absorto quedo,
forjando, delirante,

bienes quiméricos.
Mas cuando á lo pasado
la vista vuelvo,
y en procesión inmensa
desfilar veo
las máscaras hermosas
de mis anhelos
que en el gran torbellino
carnavalesco
de mi amor han pasado
como un ensueño,
en mi mente despiertan
cosas que fueron,
mentiras adorables
de labios frescos,
pasionales miradas
de ojos espléndidos,
diálogos empapados
en juramentos,
y sonríome y digo
con hondo duelo:
¡Son palabras, palabras
que lleva el viento!

ÉXTASIS

Allá en las altas horas de la noche,
cuando todo es tristeza;
cuando se oyen los ruidos del silencio
vibrar en las tinieblas;
cuando el alma, en sus éxtasis,
abstraída contempla
ejércitos de mágicas visiones;
cuando del criminal en la conciencia
se aparece el espectro del delito,
fantasma aterrador de faz siniestra,
un rubio adolescente de pupilas
azules y hechiceras
como el cielo en Abril, plácido y dulce
á mi lecho se acerca.

—

Yo le veo llegar. En ese informe
vago estado que media
entre el sueño, que es sombra, y la vigilia,
que es luz, contemplo mi ideal quimera.
Brillan sus ojos puros é inefables
con resplandor de estrella;
de sus cabellos de oro
las rizadas guedejas
caen en tropel incierto
en su cuello gentil de estatua griega;
tiene su blanca frente
el sagrado arrebol de la pureza,
y por sus labios vaga
una sonrisa que su rostro alegra,
como alegra la aurora
un prado de jazmines y azucenas.

—

Hay algo sobrehumano, algo divino
en tan hermoso sér; algo que eleva
el espíritu insomne;
algo que de la tierra
no es; algo que ilumina
la mente, ennobleciéndola;

algo que infunde misterioso anhelo
y que en el corazón vierte la esencia
del consuelo inmortal que en la perenne
batalla de la vida nos alienta.

—

Empero los instantes
que dura la visión, mi pecho llena
placidez tan tranquila
cual la calma que sigue á la tormenta.
El bello niño de pupilas dulces
y blonda cabellera,
en sus manos de nieve
toma las mías trémulas,
se inclina silencioso,
graba un beso en mi frente macilenta,
y mirando á la altura
exclama con acento que semeja
el rumor de una brisa de verano
entre frondosos árboles: *Espera.*
Y la hermosa visión se desvanece,
tras sí dejando luminosa estela.

—

Después vuelve el silencio de la noche;
recobran su negrura las tinieblas;
torna á empezar de nuevo
la lid del corazón con la cabeza;
se levantan las torvas pesadillas
que la inquietud y la amargura engendran,
y del dolor las garras aceradas
se clavan otra vez sobre su presa.



FE

—

A José Huertas y Lozano.

En el valle apacible y solitario
que formaba mi edén cuando era niño,
se eleva un santuario
que recuerdo con íntimo cariño.
Está el espacio estrecho do se asienta,
circundado de montes
de agrestes cimas y de verde falda,
que como una cadena de esmeralda
enlazan los opuestos horizontes.
Con fragor de tormenta,
desde una de las cumbres
desátase torrente impetüoso
que brilla con espléndidos vislumbres
de los astros al beso luminoso,
y con furia inaudita,
entre oleaje de ligera bruma,



perlas forjando y despidiendo espuma,
á un abismo sin fin se precipita.

—

Todo, en aquel retiro
lleno de grave calma,
conmueve y extasía
con su severa majestad el alma.
El lánguido suspiro
del viento; la imponente
catarata bravía,
cayendo á plomo por la roca ingente;
la esplendorosa calle
de nardos y violetas
que cual cinta de nieve cruza el valle;
los árboles frondosos
do las aves inquietas
á la hora de la luz sus melodiosos
cantos entonan; los abruptos picos
que en el cielo destacan sus siluetas
en forma de gigantes abanicos;
la paz nunca turbada del paisaje
desparramado al pie de las montañas,
al espíritu humano
hablan de Dios con místico lenguaje.

—

¡Ay! Yo sentí vibrar en mis entrañas
muchas veces, en tiempo ya lejano,
la voz lenta y sonora
de la campana, cuyos graves sones
llamaban á la Misa de la aurora.
Cuando la luz, rasgando los crespones
nocturnales, teñía el firmamento,
henchidos de placer los corazones,
los fieles del contorno descendían
al valle solitario,
y abstraídos en piadoso arrobamiento
sus ofrendas del alma deponían
ante el modesto altar del santuario
que las luces bañaban y encendían
con reflejos candentes
dorando una escultura,
perfecta imagen de la Virgen pura,
cuyo rostro, de rasgos sorprendentes
y correcta hermosura,
muestra el sello ideal, dulce y sencillo,
con que, arrancando al arte su secreto.
animó sus madonas Tintoretto
y eternizó sus vírgenes Murillo.

—

Causábame inefable
delicia contemplar la faz serena
de la Madre adorable
de Dios. Cuando la pena,
esa bruma indecisa
que nace en el espíritu del niño
y pasa cual las olas y la brisa,
me acongojaba, con filial cariño
rogábale una tregua al desconsuelo,
y entonces, en un éxtasis de gloria,
ver creía en su labio una sonrisa,
y huyendo mi amargura transitoria,
figurábase mi alma, enajenada
por un ignoto arrobador anhelo,
que se entreabría el Cielo
para mostrarme del Edén la entrada.

—

Este divino culto
que no logró apagar el tiempo aleve,
como la hermosa flor bajo la nieve
vive en el fondo de mi pecho oculto.
La rápida carrera de los años
y el revuelto turbión de desengaños
que sobre mí cayeron,

entibiar no pudieron
aquella adoración, sagrado emblema
de ese idílico canto del poema
de la vida; la infancia,
cuyos recuerdos de sin par ternura,
henchidos de fragancia,
vienen á disipar nuestra amargura;
bálsamo dulce que en la hiel impura
de los pesares el consuelo escancia.

—

Por eso cuando acude á mi memoria
aquella edad de gloria,
envueltas en fulgor resplandeciente
veo las pardas cumbres, el torrente,
el valle solitario,
los árboles frondosos
cuya sombra acaricia el santuario,
y radiante de amor y de hermosura
la casta imagen de la Virgen pura,
öasis celestial de mi Calvario.

ÍNDICE

Págs.



Esta obra se vende en las principales librerías al precio de

3 PESETAS

Los pedidos se dirigirán á la Administración de *El Adalid,* calle de Zorrilla, números 5 y 7, Madrid.